

PICADO POR DENTRO

368

JACK KARNEY

MARTHA
BARNES/61



Coley Walsh es un policía novato que lo quiere todo. Quiere el dinero, quiere un coche lujoso, quiere vivir bien. Y más que nada, quiere a Mille.

Para conseguir lo que quiere, primero tiene que descubrir cómo participar y empezar a ganar dinero de verdad. Pero eso no es suficiente. Coley decide enfrentarse al propio Sindicato y es entonces cuando su conciencia comienza a interponerse en su camino. Porque una vez que Coley se enfrenta y se une al Sindicato, tiene que decidir qué es más importante: el dinero o su amistad con el viejo Sr. Cantor, el único hombre que se interpone entre el Sindicato y el distrito de la confección. Cantor es el jefe de Mille y los Cantors su única familia aquí en la ciudad. Y el sindicato lo quiere muerto...

PICADO POR DENTRO

Picado por dentro

(CUT ME MI)

POR

JACK KARNEY

TRADUCCIÓN DE

ANNIE FOX

EDITORIAL ACME, S.A.C.I.

Maipú 92

Buenos Aires

PRIMERA EDICIÓN: junio 1961

© Editorial Acné, S. A. C. I.

*Queda hecho el depósito que previene la
Ley N° 11.723.*

*Es propiedad, en lo que se refiere
a la presente obra original, la dis-
posición especial y presenta-
ción de conjunto de esta
edición, en sus carac-
terísticas tipo-
gráficas y ar-
tísticas.*

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Terminó de imprimir esta obra el 5 de junio
de 1961, en Artes Gráficas Bodoni, S. A. I. C.,
Herrera 527, Buenos Aires

CAPÍTULO 1

Coley yacía bajo el árbol, apretando con las manos su costado derecho como si quisiera detener el torrente de sangre que fluía, llevándose la vida. Haciendo un esfuerzo enorme se puso de pie y dio algunos pasos tambaleantes entre la oscuridad del monte; luego, el dolor se convirtió en una verdadera agonía y Coley comenzó a desmoronarse, cayendo primero de rodillas y después de frente.

Sintió vibrar junto a su rostro la vida de los pequeños insectos que poblaban el pasto y escuchó el ruido de pisadas furtivas.

“Tengo frío, mamá; ¿quieres taparme? ¡Mille!... ¿Dónde está Mille? Te quiero, amor mío, te quiero...”

Oyó voces y alzó la cabeza, temeroso; un momento más tarde oyó las voces por detrás y alrededor desde dentro de su cabeza... Los asesinos lo habían rodeado y pronto pondrían el caño de un revólver en su nuca y lo quitarían para siempre de este mundo.

Vio la figura, vaga y oscura, a una corta distancia, moviéndose con cautela. Coley permaneció rígido, volviendo a respirar solamente cuando la figura se alejó; entonces alzó las manos, húmedas y oscuras de sangre, y lo invadió la náusea.

Coley se rio ásperamente; sabía que iba a morir y con dolorosa desolación pensó en que ya nunca volvería a tener a Mille en sus brazos...

Intentó incorporarse, pero fracasó; comenzó a lloviznar y sintió cómo penetraba en su piel la fría humedad del agua. Cerrando los ojos, Coley sollozó; el día que conociera a Mille, también llovía...

Caía una fuerte lluvia primaveral y parecía que el cielo hubiese abierto sus compuertas. Cubierto con su impermeable y llevando en la valija su uniforme, Coley esperaba un taxi en la puerta del arsenal. Desde el interior llegaba la algazara de los policías y sus familias que celebraban los nombramientos a un empleo que comenzaba con una paga de cuatro mil dólares al año y que a los tres años de servicio se elevaba a cinco mil trescientos quince. Había que descontar los ciento veinticinco dólares por uniformes,

que se pagaban luego de un período de prueba de nueve meses, a razón de dos horas de trabajo extra por semana.

Un taxi vacío apareció en la calle, Colley lo silbó y el conductor detuvo la marcha; cruzando la vereda, Coley abrió la portezuela y se introdujo en el vehículo. El cabezazo fue más sorpresivo que doloroso y Coley se frotó la frente.

— ¿Se puede saber qué diablos...?

Coley se perdió en la contemplación de dos ojos azules. El cabello rubio se pegaba lacio a ambos costados de su cara y el rímel formaba dos manchas negras bajo los párpados inferiores; pero era tan hermosa que a Coley se le cortó el aliento.

La muchacha se sentó y dijo:

—Lo siento, pero estoy tan mojada que no puedo arriesgarme a salir nuevamente a la intemperie.

Sintiéndose aún indeciso, Coley observó al hombre delgado de bigote que entró con ella en el taxi.

—Este taxi es nuestro, señor —dijo el hombre—. Lo llamamos primero que usted.

Coley se decidió y se sentó junto a la chica.

—Me parece que está equivocado, señor —dijo.

Se alegró de que el impermeable cubriera el uniforme de fajina, porque un policía no se podía dar el lujo de mantener esa clase de discusiones con el público.

El hombre comenzó a protestar, pero la rubia dijo:

—Es mejor que compartamos el taxi, Michael.

La lluvia brillaba sobre sus hombros y sus brazos desnudos y una gota cayó desde su nariz, lo que hizo reír a la muchacha, como si eso la divirtiera; Coley volvió a admirarla.

El hombre se sentó en el borde del asiento y la chica se movió para darle lugar, con lo que sus piernas tocaron el impermeable mojado de Coley.

—Qué tonta he sido al no traer un abrigo —comentó.

—Yo voy a la calle Rivington y si los puedo dejar en algún sitio, me sentiré complacido.

—Nosotros vamos a Brooklyn—repuso la chica con una sonrisa en los ojos—. ¿La calle Rivington queda en Brooklyn?

—Desearía que así fuera —replicó Coley—, para poder viajar en su compañía todo el trayecto; pero será mejor que me dejen en el

puente Williamsburg.

—Siga ese trayecto, conductor —dijo el hombre.

—¿Se pusieron de acuerdo? —preguntó el chofer.

—Está perfectamente —expresó la chica.

El taxi dobló la esquina, bajo una lluvia torrencial.

—Parece que su padre aún está disgustado —manifestó Coley.

—No soy el padre —exclamó el hombre.

La chica miró a Coley con los ojos entrecerrados y él se apresuró a decir:

—Lo siento; trataba de sostener una conversación.

Ignorándolo completamente, la muchacha se dirigió a su acompañante.

—Michael, ¿irás mañana a Cangro? Vamos a tener un desfile especial; deberías verlo.

Coley se arrellanó lo mejor que pudo en el asiento y observó el perfil de la chica; una gota de agua temblaba en una de sus mejillas y Coley sintió el deseo de secarla. Estaba recorriendo con la vista el cuerpo de la mujer, cuando ella se volvió a mirarlo y sorprendió la expresión de sus ojos; Coley la miró fijamente a su vez y la chica se sonrojó.

—Nunca puedo guardar un secreto —comentó Coley sonriendo.

—¿Sucede algo, Mille, querida mía? —preguntó el hombre llamado Michael.

—No, nada —contestó ella—. ¿Estamos ya cerca del puente?

—A unas dos cuadras —dijo Coley.

—Apúrese, chofer —ordenó el hombre.

—Parece que quiere ahorrarme el viaje a Brooklyn —rio Coley

—En realidad, no pensaba molestar a usted ni a su esposa.

—No es mi esposa —repuso el hombre, molesto.

—Nosotros sentimos haberlo molestado a usted —expresó la chica.

—No me han molestado —replicó Coley—. Podría viajar con ustedes toda la noche, con lluvia o sin ella.

Eso no pareció ofenderla, pero dijo:

—Creo que ya hemos llegado.

Coley se inclinó hacia el chofer y le dijo que se detuviera.

La lluvia había cesado bruscamente y la calle Delancey se veía recorrida por mucha gente.

El taxímetro indicaba uno con cincuenta y Coley alargó dos dólares al conductor.

—El taxi es mío y no tiene por qué hacer eso —dijo con disgusto Michael.

Coley recibió el cambio y dijo:

—Pago mi parte.

Después, dirigiéndose a la chica, añadió:

—Quizá nos volvamos a ver.

—Lo dudo respondió ella y a Coley le pareció muy complacida de perderlo de vista—. Cierre la puerta —rogó la chica.

Coley cerró de un portazo, exclamando:

—Hasta pronto, Mille.

Vio alejarse el taxi y de súbito sintió una sensación rara en la boca del estómago, como si algo muy dulce se hubiera alejado de su vida. Coley se dio vuelta, riéndose de sí mismo. Un policía que ganaba ochenta dólares por semana, sesenta luego de los descuentos, no podía tener la pretensión de tratar relación con una chica elegante como aquella.

Hacía calor y el ambiente estaba pesado.

Apretando la valija con las rodillas. Coley se quitó el impermeable y lo llevó en el brazo; después dobló hacia Clinton, donde las luces de los escaparates ponían reflejos brillantes en la calzada húmeda y resbaladiza. Coley apuró la marcha, porque se sentía cansado y estaba impaciente por llegar a su casa.

La calle Rivington era más oscura y pobre y un grupo de chiquillos jugaban en la vereda, a pesar de lo avanzado de la hora; Coley continuó su camino y en la esquina siguiente vio una plataforma de madera, desde donde un hombre estaba pronunciando un elocuente discurso; la bandera americana flameaba a su derecha y un puñado de gente lo rodeaba, aunque nadie parecía prestarle mucha atención.

Coley notó cómo la gente se volvía a mirarlo y se sintió de pronto consciente de sí mismo, como si su uniforme fuese un letrero deslumbrante.

— ¿Eres tú, Coley?

Su madre se apartó del grupo, yendo hacia él. Era una mujer alta, de pelo gris y gruesos anteojos montados sobre el puente de su nariz fina y larga.

— ¿Qué tal, mamá?

La tomó del brazo, dirigiéndose hacia su casa; el grupo murmuró musitando saludos, la sorpresa reflejada en sus voces y manifestando respeto por ese hombre alto y fuerte que llevaba un uniforme azul.

Con orgullo, su madre dijo:

— ¿Verdad que le queda muy bien el uniforme?

—No sabía —dijo la señora Goldfarb.

— ¿No le había dicho que Coley era policía? —preguntó la madre de Coley, con sorpresa.

La señora Goldfarb se encogió de hombros, con los ojos turbados.

—No tenía idea de que era de la policía —confirmó.

—Ahora lo sabe —repuso Coley, molesto—. Buenas noches a todos. ¿Vamos, mamá?

Sin aguardar respuesta, Coley penetró en el oscuro zaguán y subió los escalones de madera de dos en dos; cuando su madre llegó arriba, se había ya quitado el abrigo y dejado sobre la mesa su revólver y la cartuchera.

Había lágrimas en los ojos de su madre cuando le dijo:

— ¿Por qué no me dijiste que esta noche era la graduación?

—No era nada de importancia realmente, mamá; no pensé que quisieras ir...

La voz de su madre era aguda y cortante al decir:

— ¿Para qué cosa vive una madre como no sea para recibir satisfacciones de sus hijos? ¿Y qué mayor satisfacción que ver los hijos adelantar? Primero la escuela, después el colegio, la facultad...

Las lágrimas corrían ahora con libertad.

Sintiendo la boca súbitamente seca, Coley dijo:

—No te he podido proporcionar muchas satisfacciones de esa índole... No me viste graduar en el colegio, porque le prometiste al profesor que yo no volvería a pisar el recinto. Me entregaron el diploma en un corredor, como a un bastardo cualquiera.

—No te merecías otra cosa, por haberle pegado al profesor.

—Él me pegó primero —dio Coley con amargura—. Pero, ya pasó mucha agua bajo el puente.

— ¿Por qué no me dijiste que fuera a verte graduar?

—No había que ver nada en especial, mamá, te lo aseguro; una

cantidad de hombres actuando como niños para que los contemplara la gente de la galería. Se hicieron ejercicios, marchas...

—No has respondido a mi pregunta —insistió ella—. ¿Por qué no me dijiste que fuera?

Coley miró hacia el piso y después fue hasta la ventana; tocó las cortinas y dijo:

—Aquí hay un agujero... Están bastante viejas; será mejor que compres otras.

El silencio se volvió pesado y opresivo.

—Habría que pintar todo el departamento... Podría hacerlo cuando me toquen los dos días fracos... ¿Qué quieres que te conteste, mamá? No sé por qué...

— ¿No estás orgulloso de tu empleo?

—Es un empleo como cualquier otro, mamá. Me pagan un sueldo, el mejor que pude conseguir, y por eso lo acepté.

Coley se dio vuelta y la miró.

—Si te he herido, mamá, créeme que no quise hacerlo...

—Eres amargo, Coley... Desde que Francine...

—Ya he olvidado que tuve una esposa que se llamó Francine, de modo que por favor no me lo recuerdes.

Se encaminó hacia la puerta del dormitorio y la empujó suavemente, cerrando tras de sí. Desde la ventana del departamento vecino se filtraba una luz que iba a caer sobre el rostro de la criatura dormida; Coley se sonrió. Billy parecía muy cansado, como si hubiera tenido un día de mucha tarea. Coley tapó al niño con la frazada arrollada a los pies, cubriendo las piernas desnudas; la izquierda era firme y recta, pero la derecha era delgada y deforme.

Para los tullidos, los días resultaban agotadores.

Sintiendo que se le formaba un nudo en la garganta, Coley se volvió para salir del cuarto, tropezando con el soporte metálico que estaba sobre una silla al lado de la cama de Billy. Al instante el chico se enderezó, apoyándose en un brazo.

— ¿Papá? ¿Cómo te fue? ¿Te dieron una medalla?

—Con mi torpeza te he despertado —suspiró Coley.

Billy se sintió mortificado.

—Dijiste que me ibas a despertar cuando volvieras de la graduación y que me contarías todo.

Coley encendió la lámpara y Billy se frotó los ojos, deslumbrados

por la claridad; Coley tomó al chico en sus brazos, sentándolo en sus rodillas.

—Si hubiera ganado una medalla de papel o algo así, te hubiese despertado, ¿pero para qué lo iba a hacer si soy un completo fracaso?

Los ojos marrones del niño brillaron en la media luz.

—Tú no eres un fracaso, y si no ganaste hubo fraude.

Billy se hizo a un lado cuando Coley intentó pasar la mano sobre su pelo negro y rizado.

—Déjame verte con el uniforme y el revólver al costado, ¿quieres, papá?

—Mañana y después todos los días —respondió Coley.

Con ansiedad, el chico pidió:

—Déjame ponerme tu gorra, ¿sí? Sólo para ver cómo me quedará cuando crezca y sea policía.

—Pensé que querías ser bombero. Pero es mejor que te acuestes antes de que venga abuelita y se enoje con nosotros.

Coley acostó al niño y lo tapó, a pesar de sus protestas.

Cuando entró en la cocina, su madre estaba sirviendo café.

—La enfermera del Servicio Social le dio hoy el masaje a Billy y dice que está mejor.

—Aunque le dieran un millón de masajes, seguiría tullido.

—La poliomielitis se puede combatir.

—No con dos masajes por semana; necesita atención especial en un instituto. Atendiéndolo en la casa, nunca podrá recuperarse; tiene una probabilidad recibiendo cuidados constantes, pero no aquí donde lo tratan media hora cada dos días.

—Se necesita dinero para pagar enfermeras especializadas y cuidados especiales.

—Lo sé —repuso con amargura Coley—. Con dinero tampoco es obligatorio quedarse aquí; se puede ir uno a Europa o a Rusia, a cualquier lugar donde haya un médico que pueda hacer algo. Ahora, todo lo que podemos hacer es escuchar los consejos del doctor Morse.

Coley se fue a su dormitorio y se desvistió.

¿Qué ocurría que su madre siempre lloraba? Tenía el hábito de llorar por cualquier cosa y de decir cosas inconvenientes, que herían: por ejemplo, su mención de Francine. Quizá él no hubiera

olvidado a Francine, a la que amara más que a nada y a nadie en este mundo; no era posible olvidar muy pronto a alguien como Francine... Pero eso no quería decir que él fuera amargo, como su madre había dicho. Aunque tal vez, dos años era un tiempo suficiente...

Lo que lo mortificaba constantemente era la charlatanería de la gente, que abría la boca cuando no debía. Si se lo hubieran dicho antes del accidente, quizá se hubiera podido consolar; pero todos guardaron el secreto hasta que Francine murió en el accidente automovilístico y recién entonces le dijeron que el polaco pelirrojo que iba con ella era su amante.

CAPÍTULO 2

Era un día muy caluroso de agosto; Coley tenía turno diurno, de ocho a cuatro, en las paradas cuarenta y uno, cuarenta y dos y cuarenta y tres. Habían pasado cuatro meses desde que se le había designado para ese distrito, y durante esos meses había trabajado en diversos turnos, cumpliendo un horario diferente cada semana y teniendo al final de la misma cuarenta y ocho horas libres.

Mientras caminaba llegó a una esquina, donde había una congregación religiosa cantando en el interior de su iglesia; eran negros y Coley se detuvo a escuchar las canciones.

“Elevad las manos bendiciendo al Señor. Bendecid al Señor.”

Había gente hasta en la calle, y aunque las reglamentaciones decían que había que disolver los grupos, éste era un grupo pacífico y Coley pasó de largo.

Por momentos, sentía que el cansancio lo invadía y que odiaba a la gran ciudad con sus ruidos y su constante tránsito; otras veces surgía en él un sentimiento de solidaridad y de afecto por todo lo que lo rodeaba; pero, indudablemente, su tarea era muy dura.

Pasó a su lado una pandilla de chicos y uno, que se creía más recio que los demás, dijo una frase obscena.

Coley no necesitó perseguirlo sino que estiró la mano y sujetó al chico, que era alto, delgado y desafiante.

—Atrévase a pegarme y mi padre le dará a usted una paliza.

Mirando el rostro sonrojado del muchacho, Coley hizo un esfuerzo desesperado para controlar el deseo de dar un puñetazo contra esa boca tan insolente; los amigos del chico se quedaron a cierta distancia, riéndose y observando. “Si le pego a este chico, el capitán Reardon me va a amonestar.”

Coley empujó al chico lejos de sí y dijo:

—Es mejor que sigas tu camino, o te haré tragar los dientes.

El chico continuó, mirándolo con insolencia.

— ¡Camina!

Mirando a sus compañeros, el muchacho extrajo nuevo coraje y

expresó:

—Este es un país libre...

Coley puso la cabeza del chico entre sus piernas y lo sujetó firmemente; luego se dedicó a darle una soberana paliza en las posaderas.

— ¿Quieren probar ustedes también? —preguntó a los demás, cuando hubo dado fin a esa primera sesión.

Los chicos corrieron y al llegar a la esquina le gritaron insultos, desapareciendo después.

Esta era la gente con la que Coley trataba y pensó con desazón en el pobre y miserable ambiente en que siempre se desarrollaba la vida de la gran mayoría.

Coley miró su reloj y vio que eran las dos y cinco. Continuó su recorrida y fue entonces cuando recordó el nombre de Cangro. Sin pérdida de tiempo fue hasta la cigarrería de la esquina y buscó la dirección en la guía telefónica. Tomó nota en su libreta personal y salió a tiempo de ver llegar el auto patrullero. Cuando pasó a su lado, Coley saludó al sargento y se dijo a sí mismo: "Muy cómodamente sentado, mientras yo me hago pedazos andando."

Antes de llegar a la esquina, el auto se detuvo y el sargento descendió. Coley volvió a saludar y el sargento interrogó:

— ¿Por dónde anduvo últimamente, Walsh?

—Recorriendo el distrito, sargento; estoy con las piernas doloridas de caminar.

—Está bien —gruñó el sargento—. No le quite el ojo a la joyería de Klutz; sé que están planeando asaltarla.

Miró a Coley durante unos segundos, como si estuviera por decir algo, pero se volvió y se introdujo en el auto patrullero. Coley se sintió mejor cuando el coche hubo desaparecido.

Comenzaba a caminar nuevamente, cuando delante suyo vio a un hombre que llevaba en las manos un par de zapatos, un pantalón, una camisa y ropa interior; el hombre tenía una barba de tres días y sus ojos estaban inyectados en sangre. A su lado, y tratando de llevar su paso, iba una mujer.

Cuando Coley lo alcanzó, el hombre al verlo redujo el paso; la mujer trataba de cubrir su enorme escote, sin éxito.

— ¿De dónde sacó las cosas que lleva en la mano?

—Son mías —contestó el hombre con voz aguardentosa.

—Son de él —afirmó la mujer, moviendo la cabeza afirmativamente.

Coley miró los pies del hombre, y éste siguió la mirada, mientras el temor asomaba a sus ojos.

—Esos zapatos no pueden ser tuyos, porque los que tiene puestos son de otra medida —dijo Coley—. Esa camisa cuello treinta y ocho no puede quedarle bien, porque su medida es mucho mayor. Es mejor que vayamos al lugar de donde sacó todo esto.

—Oficial, por favor —exclamó la mujer—. Son de él; se lo juro por mi padre y por mi madre.

Coley empujó al hombre.

—Vamos —ordenó Coley.

—Yo no tengo nada que ver en esto —aclaró ella—. Él los tomó, yo no.

—Usted viene con nosotros —dijo Coley—. Y ahora, dígame, caballero, ¿dónde está el tipo a quien le quitó todo esto?

El hombre comenzó a temblar.

—No he hecho nada. Gané las cosas en una partida de juego —dijo.

Coley observaba los ojos del hombre mientras se acercaban a la esquina; una cuadra más y ya estarían fuera de la circunscripción de Coley.

De pronto oyó que un sonido entrecortado se escapaba de labios de la mujer y la sorprendió dirigiendo la mirada a un oscuro zaguán.

—Adentro, los dos —ordenó Coley y empujó a ambos al interior.

Allí estaba la víctima, sin poder aventurarse a salir, completamente desnudo.

—Él me obligó a hacerlo —sollozó la mujer—. Soy una buena chica y nunca he hecho esto antes.

—Vístase —indicó Coley al hombre.

—Estaba desesperado —dijo el ladrón—. Necesitaba un trago.

Coley miró a la mujer, que lloraba desesperadamente.

—Usted puede aclarar lo que ocurrió —le dijo Coley.

—Por favor, oficial, no me arreste; soy una buena ehica...

Coley miró hacia otra parte; en esa vecindad, si uno debía arrestar a cada violador de las leyes, debería pasarse el día en los juzgados. De todos modos, esto era más serio; no había duda de que

ella había sido el cebo, induciendo al hombre a meterse en el zaguán. Coley no ignoraba que la víctima, a despecho de su experiencia, volvería a ser inducido a penetrar en el mismo portal, por la misma mujer. Era increíble, pero así eran las cosas en ese barrio; uno le robaba al otro, y después eran vueltos a robar.

—Bien, váyase. Pero que no la vuelva a encontrar en algún enredo en mi circunscripción, porque entonces la llevo. Salgan todos de aquí.

Los miró marcharse, empujándose el uno al otro con el apuro de abandonar la escena.

Su reloj pulsera indicaba las tres y cincuenta. Era hora de dirigirse en busca del relevo que quedaría a cargo de las tres paradas.

CAPÍTULO 3

El ascensor subió hasta el piso doceavo con tanta velocidad que Coley sintió que el estómago se le subía a la boca. No bien la puerta se cerró tras de sí se dio vuelta y vio la sonrisa compasiva del ascensorista.

Los tacos de sus zapatos sonaban ruidosamente mientras caminaba por el corredor, leyendo las inscripciones de las puertas. Al final del pasillo vio una puerta que decía *Cangro, Inc*; en un costado se leía *Joseph Cantor, Pres.*

La pequeña oficina circular de recepción no era notable; había una telefonista detrás de una mampara de vidrio y en el centro de la habitación una mesa con revistas.

Sentados en un banco, dos hombres discutían con calor sobre la industria del vestido.

Coley se dirigió a la telefonista y dijo:

—Señorita, ¿hay una empleada llamada Mille, aquí?

— ¿Mille? ¿Mille Raft?

—Si no hay otra Mille, quizá sea ella.

— ¿Su nombre, por favor?

—Coley Walsh.

La muchacha habló tan bajo en su commutador, que Coley no oyó lo que dijo.

—La señorita Raft está ocupada. Dentro de un momento la volveré a llamar.

A la oficina entró un hombre, casi sin hacer ruido; tenía las manos grandes y sus hombros eran tan anchos que Coley pensó si habría rellenado el saco con guías telefónicas.

Después de echarle a Coley una rápida mirada, dijo a la operadora.

—Dígale a Joseph Cantor que Jimmy Luckman quiere hablarle.

— ¿Tiene una entrevista acordada con el señor Cantor?

—Dígaselo y tendré una.

—El señor Cantor es un hombre ocupado.

—Yo también, señorita. Al señor Cantor no le gustará que me tenga esperando. Llámelo o iré directamente a la puerta que dice “Prohibida la entrada”.

La chica manipuló en su conmutador y habló:

— ¿Señor Cantor? Lo siento, señor Cantor, pero hay aquí un señor Luckman... ¿Señor Cantor?

La chica miró al hombre y expresó:

—El señor Cantor no dijo nada; se limitó a colgar.

Luckman se rio entre dientes.

La puerta que decía “Prohibida la entrada” se abrió, dando paso a un hombre bajo y erguido, en mangas de camisa, que se precipitó en la oficina. El cigarro apagado que tenía entre los labios estaba tan firmemente apretado que casi rozaba su gran nariz.

Agitando su puño en dirección a Luckman, el hombre exclamó:

— ¿No le he dicho que no quiero saber nada con usted?

Sin perturbarse en lo más mínimo, Luckman dijo:

— ¿Dónde podemos hablar, Cantor?

Sonó la chicharra, pero la operadora había perdido interés en el conmutador.

Quitándose el cigarro de la boca, Cantor manifestó:

—Con usted, no hablo. —Luego escupió secamente y agregó —: Esto es para usted.

—Podemos solucionar nuestros pequeños problemas, Cantor.

—Ya tengo otros problemas —respondió Cantor y señaló la puerta de salida—. Salga inmediatamente de aquí.

Luckman se rio y entonces Cantor lo empujó, gritando:

— ¡Fuera de aquí, he dicho!

La sonrisa de Luckman se desvaneció y expresó:

—No haga eso otra vez. Cantor.

—Esta es mi casa. ¡He dicho que fuera!

Empujó a Luckman con ambas manos tan fuertemente que lo hizo trastabillar.

Luckman apretó los puños y exclamó:

—Si vuelve a empujarme, lo parto en dos.

Coley se rio interiormente; esto parecía una película de TV. Ahora tendría que ser Luckman quien empujara a Cantor y éste caería, trabándose ambos en lucha. Pero Luckman no se ajustó aparentemente a lo que sería la película, porque cuando Cantor

volvió a empujarlo, una de sus manos desapareció en un bolsillo y salió luego empuñando un cuchillo.

—Le arrancaré el corazón —exclamó Luckman.

La chica del conmutador se desmayó; uno de los hombres sentados en el banco juntó las manos y se puso a orar; el otro quedó paralizado. Cantor ni atinó a hacer ningún, movimiento.

Luckman se arrojó en dirección a Cantor, quien despertando de su estado de trance se hizo hacia atrás, gritando:

— ¡Policía! ¡Socorro!

Coley golpeó a Luckman en la nuca; el hombre cayó, rodó un trecho y luego se puso de pie. Rugiendo se volvió a Coley precipitándose sobre él; con un rápido quite de lado, Coley le tomó la muñeca armada, retorciéndosela fuertemente; Luckman gritó de dolor y de sorpresa, cayendo el cuchillo de su mano. Coley empujó con fuerza al enorme individuo, quien volvió a caer y rodó entonces hasta los pies del hombre que rezaba.

Cantor señaló dramáticamente la puerta.

— ¡Infame matón! ¿Querías usar tu cuchillo contra mí? Dile a tus inmundos jefes que mientras yo viva esta casa será de Joseph Cantor.

Coley levantó el arma y dijo:

— ¿Quiere presentar la denuncia? Lo llevaré conmigo a la comisaría.

— ¿A la comisaría? —Cantor parecía asustado—. ¿Quién habla de comisaría?

— ¿Le tiene miedo? Piense que quiso acuchillarlo.

Cantor se mostró disgustado por la estupidez de Coley.

— ¿Yo miedo de mi mejor amigo?

Se inclinó hacia Luckman, que aún estaba sentado en el suelo, y le palmoteó juguetonamente la cara.

— ¿No eres mi amigo? ¡Habla! —Lo golpeó más fuerte—. Dile que eres amigo de Cantor.

— ¡Vuélvame a cachetear, maldito cochino, y lo mataré! —gritó el hombre.

— ¿No ve? — exclamó triunfante Cantor—. ¡A un desconocido no le hablaría de esa manera!

Luckman se incorporó, con el rostro enrojecido.

— ¿Por qué diablos se mete donde no lo llaman? —dijo.

—Siga hablando así y no escucharé a Cantor —repuso Coley—. Lo llevaré al Departamento por amenazarme con su arma, de modo que ya ve que estoy de buen humor, ¿por qué no se va al momento?

Luckman pestaneó, a medida que las palabras de Coley penetraban en su caletre.

—Era pura charla —respondió—. Ya nos veremos, Cantor. Todo lo que quería era una charla de cinco minutos.

Se volvió hacia la puerta y se fue, cerrando rápidamente.

Cantor se apoyó contra la puerta; ahora que el hombre se había ido, su rostro estaba amarillo como la cera.

— ¿Vio el cuchillo? —dijo dirigiéndose al hombre del banco —. ¿Lo vio, Kessel? Pudo haberme matado.

Luego, hablándole a Coley, expresó:

— ¿Está usted bien, muchacho?

—Si no lo estuviera, nunca lo hubiese dejado marchar sobre sus dos piernas.

—Podría haberlo cortado en dos —murmuró Cantor.

—También eso podría haberle pasado a usted —sonrió Coley.

—Ya soy muy viejo; ni siquiera sangro cuando me corto. Ya he vivido mi vida.

—Se conserva muy bien, señor —repuso Coley.

—Usted es quien ha estado muy bien, muchacho. ¿Puedo invitarlo con una copa, detective?

— ¿Cómo sabe que soy policía?

Cantor se rio entre dientes y respondió:

—Lo sé; o quizá me imagine que es un muchacho demasiado agradable para llevar porque sí ese revólver tan grande, a menos que sea de la policía. ¿Cuál es su nombre?

—Coley Walsh.

Cantor se pasó la mano por la barbilla.

— ¿Vino a comprar un vestido a precio de fábrica? No hacemos venta al por menor, pero puedo ofrecerle un traje para su esposa o su novia.

—Vine a ver a una chica llamada Mille, pero no lo conseguí hasta ahora —contestó Coley.

— ¿Mille? No me ha dicho que tuviera un amigo policía.

—No sabe que tiene uno —repuso Coley.

Cantor miró a la operadora y preguntó:

— ¿Se siente mejor? Ese piojoso quería matarme... Le mandaré a Mille, Coley, y la próxima vez recuérdeme que le debo un vestido.

Coley lo vio alejarse por una puerta de vaivén, que tenía un cristal ovalado en la parte superior. Con curiosidad, Coley miró hacia el otro lado; muchas jóvenes se veían atareadas, llevando algunas papeles en las manos y otras, evidentemente modelos, con los rostros muy maquillados, pasaban ante los espejos de cuerpo entero que cubrían las paredes.

Minutos más tarde la vio llegar desde un corredor y ella se detuvo ante un espejo, observando el traje azul que tenía puesto. Coley aguardó a que la telefonista estuviera entretenida con una llamada y entonces empujó la puerta y penetró en el salón; hombres y mujeres lo miraron, pero nadie lo detuvo.

—Muy bonito —dijo, tocando la suave tela—. Si llevara una docena, me costaría el sueldo de un mes.

Los ojos de la chica no eran azules, como él lo había pensado, sino verde grisáceos.

— ¿Es usted uno de los compradores? —preguntó ella.

—Todo el mundo es un posible comprador —respondió él.

De pronto, la muchacha lo reconoció.

— ¡Usted! —exclamó.

—Se me ocurrió que la mención que hizo en el taxi sobre Cangro había sido deliberada —repuso Coley, sonriendo.

—Creo que está muy equivocado —expresó ella, y no había ningún calor en su sonrisa al decirlo—. Tengo mucho que hacer, de modo que tendrá que excusarme.

—Tenemos una cita para almorzar —dijo Coley.

—No tengo tanta hambre —contestó ella, fríamente.

Joseph Cantor apareció en ese momento.

— ¿Mille? ¿Hasta cuándo tengo que esperarte? Ah, es usted, Coley; Mille, mi amigo Coley Walsh quiere hablarte.

—Mille no quiere hablar con extraños —dijo Coley.

— ¿Qué extraños? Mille, éste es mi amigo...

—Si Mille almuerza conmigo, quizá lo sigamos siendo.

Cantor estaba sorprendido.

—Mille, mi amigo quiere pagarte un almuerzo; ¿hay algún problema?

— ¿Es una orden, señor Cantor?

—Un favor, querida mía —respondió Cantor—. Un favor para mí. ¿Este muchacho me salvó la vida y no quieres siquiera almorzar con él?

—No puedo negarme al jefe —dijo Mille, suspirando.

—Coley, ¿volverá por aquí? —preguntó Cantor, solícito.

Coley sintió que esa no era una pregunta de rutina; Cantor deseaba que Coley lo volviese a visitar.

—Es asunto de Mille —contestó Coley.

Amenazándola con un dedo, Cantor dijo:

—Mille, quiero volver a ver a Coley otra vez...

Hallaron lugar en un restaurante y se sentaron; luego aguardaron a que llegara el pedido. Coley observaba a Mille, que miraba el lugar atentamente con sus grandes y serios ojos.

—Parece desear que vengan a salvarla —insinuó Coley.

Ella se inclinó hacia él y dijo:

—No entiendo.

—Almorzar con un policía no parece ser su idea de lo que es pasar un buen rato —repuso Coley, sin poder impedir que el resentimiento se trasluciese en sus palabras.

—No sabía que era policía —replicó ella, frunciendo el ceño—. Y de todos modos, estoy aquí.

—Porque se lo ordenó su amigo.

—Si no hubiera querido almorzar con usted, ni el señor Cantor ni ninguna otra persona me hubiera obligado a venir. Y para su información, el señor Cantor no es la clase de amigo que usted insinúa.

Por alguna razón, a él le gustó el disgusto de ella.

—Si me equivoqué, discúlpeme. Cantor la llamaba “mi querida” como si usted le perteneciera.

—¿Y si así fuera? —dijo Mille con enojo—. Las modelos forman parte del harén de sus patrones. ¿No es eso lo que siempre se ha dicho?

La mirada de Coley se deslizó lentamente recorriendo las bonitas facciones de la chica.

—No lo he creído así y no me interesa. De ahora en adelante usted será la cosa más importante de mi vida.

—¡Qué tontería! —replicó Mille—. No me conoce; sólo me vio una vez en la vida.

—Un minuto o una hora, no se mide el tiempo solamente por el reloj. Desde el momento que la vi en el taxi he vivido pensando locas fantasías.

La camarera trajo los sandwiches y el café y después se alejó.

—¿Adónde iba la otra noche en taxi?

—A mi departamento de Brooklyn, en la calle Presidente.

—Creí que todas las modelos vivían alrededor de Times Square, en hoteles o en pisos horizontales.

—Debe haber leído mucha novela pornográfica en su vida —dijo con furia la chica.

Coley apoyó una mano sobre la de Mille, de manera conciliadora.

—No he querido molestarla de esa manera; en realidad, quería bromear, pero ya veo que no sé hacerlo. Un tipo como yo, ¿qué puede decirle a una chica como usted, de quien gusta muchísimo? Intento ser gracioso, pero yo no resulto bueno para esas cosas. No se enoje conmigo.

—No estoy realmente enojada —respondió ella, encogiéndose de hombros.

—El señor Cantor parece una buena persona —dijo Coley.

—Es la persona más encantadora y dulce del mundo, después de la señora Cantor. Me empleé en Cangro por una agencia de colocaciones y ha sido mi trabajo más firme y estable hasta ahora. Tuve otros empleos, pero ninguno duró mucho. En la primera semana de mi ingreso a Cangro, el señor Cantor me invitó a comer a su casa, la noche del viernes de “Shabbat”. Cuando conocí a la señora Cantor, me gustó mucho y le gusté; me hizo recordar a mi madre. Hablamos de mi hogar en Plaston, lo que me hizo llorar un poco y ella también lloró. Después, la señora Cantor dijo que una chica no podía vivir sola, porque se podía enfermar y necesitaba tener alguna persona cerca para que la cuidara.

—Parece ser una mujer muy maternal —comentó Coley.

—Lo es. Los Cantor tuvieron un hijo, que murió en Corea; no tenían más y para ellos fue terrible perderlo. Me invitaron a mudarme al piso alto de su casa particular, que es un departamentito independiente. Desde entonces, vivo con la mejor gente del mundo.

—¿Quién era el individuo que la acompañaba la otra noche? —

preguntó Coley.

—Michael Winters; un comprador de Chicago, que cada vez que viene a Nueva York quiere que le muestre la ciudad.

—Podría hacer lo mismo por mí, esta noche —sugirió Coley.

Mille comenzó a calzarse los guantes y dijo:

—Tengo que volver a la oficina.

—Voy a buscarla a eso de las ocho.

—Tengo que hacer.

—¿Otro comprador?

—Forma parte de mi trabajo.

—¿Tengo que convertirme en comprador ele Cangro para poder salir con usted?

Mille encontró divertida la idea y repuso, sonriendo:

—No, Coley... Otro día, puede ser.

—¿Mañana? ¿Pasado mañana?

—Un día de la semana que viene —dijo Mille.

—El próximo viernes —concluyó Coley—. Es mi día libre.

—Está bien, Coley —expresó la chica poniéndose de pie—. Vaya por mí a eso de las ocho.

CAPÍTULO 4

Vestido con su traje nuevo de franela gris, Coley tomó el subterráneo que iba por la Avenida Lexington y salió a la Avenida Utica, en Brooklyn.

Antes de penetrar en la florería de la esquina, contó el dinero que llevaba. Tenía veintiocho dólares con treinta centavos: calculó ocho dólares para taxi, ida y vuelta, hasta Nueva York, tres sesenta para la película que deseaba ver, lo que le dejaba un margen de dieciséis dólares para la cena... Si no comía demasiado, alcanzaría.

Entró a la florería y compró un ramo de rosas té.

Los Cantor vivían en una casa de dos pisos, en una esquina, una hermosa construcción; delante tenía un extenso parque con césped muy bien cuidado, un garaje para dos autos y arbustos que rodeaban el camino de piedra que conducía a la puerta de la casa. A un costado se veía una puerta secundaria que, según Mille le había dicho, conducía hasta su departamento en el segundo piso; en el rellano del primer piso se abría otra puerta que comunicaba con el interior del hogar de los Cantor.

Cuando Coley estiraba la mano para abrir la puerta, esta fue empujada por un hombre alto, fuerte, de sienes canosas, lo que contribuía a darle un aspecto más distinguido. Coley retrocedió sintiendo que una sospecha despertaba en su mente.

—Oh, Coley —exclamó Mille, apareciendo—. Lo siento terriblemente.

Se veía muy hermosa en su traje blanco y Coley la admiró.

—Parece que me están por dejar plantado —dijo Coley.

Ella le tomó un brazo, en un gesto impulsivo.

—Me había olvidado completamente hasta esta mañana que tenía un compromiso anterior con Peter. Traté de comunicarme con usted por teléfono, pero vi que no estaba en guía e incluso llamé al Departamento de Policía pero no fue posible localizarlo, Coley. Fue una estupidez de mi parte, perdóneme Coley, por favor.

La aflicción de la cara de Mille no era fingida.

—Quiero presentarle a Peter Carlyle; Peter, Coley Walsh — expresó Mille.

—Creo que es mejor que no la perdone —declaró Coley—. Pero parece que no tengo elección.

En el rostro del otro hombre se veía una expresión divertida.

—También yo quisiera presentarle mis excusas —expresó, con una voz juvenil y firme, llena de poder.

—A usted no lo perdonó —dijo Coley.

Carlyle rio y dijo:

—Toma esto con bastante humor.

—No tengo ninguna clase de buen humor, créame. Siento deseos de patear la pared.

—Yo me sentiría de la misma forma.

Con voz ansiosa, Mille dijo:

—Si para entonces ya no está muy enojado, nos veremos el viernes que viene, Coley.

Carlyle continuaba encontrando graciosa la situación.

—Ya has vuelto a olvidar, Mille; tenemos un compromiso para navegar.

—Pensé que era de aquí a dos viernes... Llámeme por teléfono, Coley, ¿sí?

Coley tragó todas las palabras amargas que venían a su boca y, haciendo un verdadero esfuerzo, expresó con naturalidad:

—Muy bien; la llamaré mañana o pasado, Mille.

El apretón de manos de Carlyle fue vigoroso.

—Espero que nos veamos otra vez, Coley —manifestó.

Cuando se hubieron ido, Coley caminó desganadamente hasta la calle y allí arrojó con fuerza el ramo de flores; tuvo una satisfacción cuando un automóvil les pasó por encima.

Detrás suyo, la voz de Cantor dijo:

—En este momento usted quisiera que el mundo volara hecho pedazos, ¿cierto?

Por sobre su hombro, Coley dijo:

— ¿Este Carlyle es uno de sus compradores?

—No es cliente mío. Carlyle es un gran hombre de negocios, que abarca muchos ramos; es millonario. Lo conocí una vez que fue a verme a mi oficina, porque tenía dinero para invertir y quiso saber si yo quería tener un socio. Le dije que Joe Cantor no quería socios,

de manera que me estrechó la mano como un caballero y se marchó.

—Parece que le estrechó la mano a Mille también —dijo Coley.

— ¿Por qué no habría de presentarle a Mille a un caballero como él?— repuso Cantor, dolorido—. Es mejor que entre en la casa, Coley; mi esposa quiere conocer al hombre que me salvó la vida.

—Entraré si me promete emborracharme —suspiró Coley.

Cantor rio y tomó a Coley por un brazo, conduciéndolo al interior.

La señora Cantor era alta y de cabello gris, y miró a Coley con unos suaves ojos castaños. Su acento era dulce, agradable al oído.

—Lamento mucho lo de Mille —manifestó—. Lo siento mucho.

—Todos me compadecen —dijo Coley riendo con cierta amargura—. Pero, su esposo ha prometido convidarme con unas copas.

Cantor abrió un barcito y sacó dos copas, las que llenó de un líquido amarillento.

—Es slivovitz —explicó—. Si no le gusta, le serviré whisky.

—Es veneno —expresó la señora Cantor—. Slivovitz o whisky, es veneno.

Coley tomó el vaso y dijo:

—Brindo por Mille y por usted, señora.

Bebió el licor de un trago y exclamó:

— ¡Qué cosa tan fuerte!

Cantor volvió a llenar la copa de Coley.

—El slivovitz se le da a los niños. Fue lo que me dió mi madre para destetarme.

Coley estiró sus largas piernas y después dijo:

—Carlyle tiene suerte, ¿verdad?

—Lleva a mi Mille a los mejores lugares; es un caballero.

—Si sigue repitiendo eso, me creará un complejo —manifestó Coley.

Cantor rio de buena gana y declaró:

—Usted es un caballero con gorra, Coley; él es un caballero de sombrero de copa.

— ¿Cómo se puede competir con un hombre como Carlyle?— preguntó Coley—. Comida en el Ritz, palco para ver una comedia,

café en el Copa... Esa es la clase de vida que quiere una chica. Un hombre pobre no tiene ninguna probabilidad.

La señora Cantor tomó un candelabro y manifestó:

—Algunas chicas, cuando quieren a alguien, comen en un bar automático.

—El dinero es importante, pero la salud lo es mucho más — sentenció Cantor.

— ¿Y si no se tiene ni lo uno ni lo otro? —inquirió Coley.

Ambos lo miraron, mostrando descreimiento.

—Usted parece muy sano —dijo la señora.

—Soy sano y fuerte —confirmó Coley—. Tan fuerte que puedo alzar hasta el techo con una sola mano a mi hijito paralítico.

Se hizo un silencio, que rompió Cantor al decir:

—No lo sabía.

—No tendría que hablar de esa manera —expresó Coley, avergonzado.

La señora Cantor se excusó.

—Debo encender las velas; es Shabbat.

—Velas —rio Cantor—. ¡Qué despilfarro! ¿No sería mejor que dieras lo que cuestan las velas a una institución de caridad?

—Es Shabbat —fue la tranquila respuesta—. Las enciendo por ti y por mí.

—Por mí no tienes necesidad de encender nada. Si el diablo me anda buscando, no tienes por qué ayudarlo alumbrándome con velas.

Coley la observó mientras ella se ponía una mantilla blanca sobre los hombros y encendía las velas.

Luego, poniéndose sobre la cabeza la mantilla, comenzó a orar.

Las palabras hebreas llegaban claras y vibrantes a oídos de Coley.

“Bendito eres tú, Oh, Señor, nuestro Dios, Rey del universo, que nos santificas con Tus mandamientos y nos ordenas a venerar en las luces de Shabbat”...

Coley escuchaba, sintiendo dentro de sí una extraña reverencia. Miró en dirección a Cantor y lo vio de pie, sosteniendo aún su copa con una mano y con una expresión seria y revente en su rostro otrora burlón.

Al terminar la oración la señora Cantor se volvió hacia su

marido y él preguntó:

— ¿Te sientes mejor, Bessie?

Ella dejó caer sobre los hombros la mantilla y respondió:

—Cuando yo muera, vivirás como quieras; mientras yo viva, éste será un hogar judío.

Él le dedicó una risa sardónica.

—Nunca te he dicho lo que debes hacer en la casa; es tuya. Tan sólo te sugiero algo...

—No sugieras lo que no está bien.

—Tomar una chica para que te ayude en la cocina, a limpiar; dos, tres chicas... ¿Eso está mal?

—Cuando esté tullida, tomaré una docena de mucamas.

—Para limpiar como tú lo pretendes necesitas una docena. En cuanto a las velas, te sugiero...

—Cuando muera, sugiérele lo que quieras a tu segunda esposa.

Cantor la miró y luego dijo:

—Me dices eso teniendo cincuenta años...

Ella se rio y exclamó:

— ¡Veremos!

Cantor se acercó a su mujer y tomó su rostro entre las manos.

—Un beso en Shabbat no hace mal a nadie.

La besó suavemente, sonriendo.

Coley lo miraba con asombro; el hombre estaba loco. Primero discutía y luego la besaba; primero hablaba como si no respetara en nada a su mujer y después le hablaba y la abrazaba como si tuvieran dieciséis años y estuvieran muy enamorados.

Coley se incorporó y anunció que se marchaba.

— ¿Dónde piensa marcharse?— inquirió Cantor—. Acaba de llegar.

Coley se encaminó a la puerta y saludó con la mano.

—Tengo un compromiso para asaltar un banco. ¡Hasta pronto!

CAPÍTULO 5

Con los ojos fuertemente cerrados, Mille se mantuvo bajo la lluvia, con la cabeza protegida por el gorro de baño. Luego salió del agua y sacó del placard una toalla turca; comenzó a secarse y miró con satisfacción el bronceado de su piel. Tenía un hermoso tostado hasta el comienzo del busto y luego venía un gran parche blanco, para volver a aparecer el bronceado en los muslos, extendiéndose parejamente hasta los dedos de los pies.

Al señor Cantor no le había gustado el tostado.

— ¿Qué ocurrirá cuando tengas que pasar modelos de noche? — había gritado —. ¿Eres una modelo o una reclame de un campamento de vacaciones?

Ella había prometido que el próximo verano se mantendría a la sombra, pero sabía que no cumpliría, como había ocurrido el año anterior; le era imposible resistir el atractivo del aire libre y del calor del sol en el verano.

Mille terminó de secarse y se entalcó con el gran cisne que usaba para el baño; después se puso la robe a lunares azules que colgaba de la percha y se calzó las chinelas.

En el living, Mille halló un paquete de cigarrillos y encendió uno, dirigiéndose después al pequeño escritorio, tomó su lapicera y se dispuso a escribir a su madre; fechó la hoja de papel y escribió:

“Mi querida mamá”...

Se reclinó en la silla, pensando. ¿Qué escribiría esta vez? “El tiempo está espléndido, trabajo mucho y estoy muy bien...” Eso lo decía en todas las cartas. ¿Qué había de nuevo? ¿Coley Walsh? Había salido cuatro veces con él y al recordarlo volvía a sentir la misma sensación eléctrica que cuando lo veía. Coley le gustaba mucho...

“Me gusta, pero no estoy enamorada de él, mamá. Tiene algo muy atractivo para mí que me intriga, pero no le quiero...

“Sigo saliendo con Peter Carlyle. ¿Cuarenta años son muchos, mamá? No lo creo. Peter es rico, pero no es eso lo que más me atrae

de él... Algunas veces Peter es tan serio que parece que todos los problemas del mundo los lleva sobre sus hombros...

“Tengo la impresión de que un día de estos Peter Carlyle me va a pedir que sea la señora de Peter Carlyle... En todo caso, es algo en lo que me gusta pensar...”

Mille suspiró y puso una coma después del “Mi querida mamá”. ¿Qué escribiría? Se mordió los labios, pensativa y decidida, y escribió:

“Estoy muy bien y espero que todo marche perfectamente en Pitston. ¿Ha ido la enfermera a darte el masaje semanal? No olvides lo que dijo el médico; ese tratamiento te ayudará a recuperarte más pronto, de modo que no quiero enterarme de que hayas descuidado dárte los. Mucha gente sufre derrames y vuelve a quedar como nueva después de los masajes. La semana que viene trataré de enviarte dinero extra. Da mis cariños a tío Simón y dile de mi parte que no trabaje demasiado. (Como si hiciera falta que yo se lo recomendase.) Tendrás que ver el precio del pan en esta ciudad... Todos le echan la culpa a los campesinos y me gustaría que supieran lo que a ustedes les está pagando la bolsa de trigo... Estoy muy cansada, mamá, de manera que termino ésta con cariños y besos. Trataré de estar en casa para Navidad. —MILLE.”

Después de cerrar el sobre, escribir la dirección y pegar la estampilla, se sentó en el diván y leyó una novela de detectives.

El sonido del timbre la sobresaltó y miró el reloj; era más de medianoche. Se incorporó y se acercó a la puerta.

— ¿Quién es?

— ¿Por qué no abres y compruebas? —respondió una voz.

Abrió la puerta y vio a Coley, que parecía muy cansado; el olor a whisky era bastante intenso.

— ¿Qué ocurre, Coley?

— Invítame con una copa, ¿quieres?

Ella vaciló y después de hacerlo pasar se encaminó a la cocina; cuando regresó con un vaso y una botella, Coley se había acomodado en el diván, apoyando la cabeza en un brazo y con las piernas bien estiradas. Su saco estaba tirado en el piso y al ver llegar a Mille se dio vuelta y tomó el vaso de sus manos.

— No me gusta tomar solo.

Mille levantó el saco y lo colocó sobre una silla.

— Parece que has estado divirtiéndote, Coley.

—Un par de copas —dijo Coley sonriendo—. Ese condenado Pat Gund... ¿con quién se cree que está jugando?

— ¿Es alguien que yo conozca?

—Un tipo que se mete en política. Me prometió conseguirme el traslado a una división... Puras promesas... Pero me las arreglaré sin él. Ya verás Mille; voy a hacer mucho dinero y construiré un cerco de oro a tu alrededor... Me pertenecerás y no habrá más Cangro, ni compradores, ni nadie que no sea yo.

—Coley, estás borracho —dijo Mille débilmente.

—Si eres una buena chica, irás a traerme otra copa, Mille.

—Si fuera una buena chica tendría que enviarte a tu casa.

—Pido un trago y recibo un sermón —se quejó Coley.

Con un suspiro, Mille volvió a la cocina y echó un poco de soda en el vaso con whisky; regresó y entregó la bebida a Coley.

Él alzó la cabeza, bebió medio vaso de un trago y se volvió a dejar caer.

—Ese condenado Gund... Sólo le pedí un favor insignificante y me lo negó.

—Quizá no podía hacerlo.

—Si yo hubiera ido con plata, lo hubiese hecho.

—Puede que sea un hombre honesto, Coley.

Coley terminó el whisky y arrojó el vaso al suelo.

—Mille, creo que estoy enfermo.

— ¿Puedo traerte algo?

—Un camión lleno de billetes de mil...

—No estás enfermo, tienes hambre...

— ¿Qué harías por mí si yo tuviera cien mil dólares, Mille?

—Vete a dormir, Coley.

— ¿Qué hay de especial en mi casa? ... Bésame, Mille.

—Por favor, Coley, ya va a ser la una de la mañana.

—Tan sólo te pido un beso y comienzas a discutir. Bésame.

Mille lo miró; así, estirado en el diván, parecía muy alto y fuerte... “Bésalo, Mille, y se irá a su casa. Bésalo si quieres que se vaya.”

—Está bien —dijo Mille—. Si es la única manera de librarme de ti...

Se inclinó y rozó apenas sus labios con los de Coley.

—Ahora, vete a dormir —ordenó Mille.

—Está bien... El lunes es mi día libre.

—Llámame, Coley...

CAPÍTULO 6

Coley estaba haciendo la ronda, en el turno de cero a ocho horas. Llovía de una manera torrencial y las calles estaban prácticamente inundadas; entró en un zaguán y encendió un cigarrillo. Vio llegar dos autos, que se detuvieron junto al cordón de la vereda y cuando la portezuela de uno de ellos se abrió, reconoció en los hombres que descendieron a los patrulleros Block, Perry y Dawson, detectives de división; del segundo auto salieron cuatro agentes uniformados y siguieron a los detectives al interior de un edificio que estaba a dos puertas de distancia de donde se hallaba Coley.

Ya era hora que se ocuparan de ese asunto, pensó Coley.

De acuerdo a las órdenes, Coley había dado parte de que la casa resultaba sospechosa; había visto en repetidas ocasiones a varios hombres subir las escaleras de esa casa y al principio pensó que se trataría de simples visitantes; pero los hombres se habían quedado horas y el patrullero que seguía al turno de Coley le había informado que los hombres salieron a altas horas de la madrugada. Pensaron que podría tratarse de alguna fiesta poco decente o si no que los hombres irían allí a jugar.

A la noche siguiente se vio el mismo proceso en el edificio de la esquina y un día después en otra casa de la misma cuadra; en cada oportunidad, Coley pasó un informe. Durante varias noches siguió ocurriendo lo mismo en la última dirección, pero, esa noche, antes de que Coley informara que ahora la gente se dirigía al número 145, vio llegar la policía. Era evidente que el inspector había puesto a trabajar a sus hombres en el caso.

Se oyó un disparo y Coley estuvo alerta al instante; observó la calle con atención y un segundo más tarde vio salir a un hombre del 145 con un portafolio en la mano. El individuo comenzó a correr, pero luego de unos pasos resbaló y cayó. Coley se acercó rápidamente, con la mano cerca de la culata de su revólver.

— ¿Qué le ocurre? —preguntó al hombre.

El individuo se incorporó apoyándose en las rodillas y las manos y resultó una verdadera sorpresa para Coley cuando el portafolio lo golpeó con tanta fuerza que lo hizo tambalear; el hombre levantó el portafolio y echó a correr, con Coley detrás.

En dos ocasiones el fugitivo estuvo a punto de caer, pero recobró el equilibrio.

— ¡Deténgase o disparo! —gritó Coley.

Continuando su carrera, el individuo penetró en un callejón y sin dudarlo Coley lo siguió; un segundo más tarde escuchó un grito detrás y girando la cabeza con rapidez reconoció a Perry, por su curiosa figura; detrás de Perry vio a otro de los detectives, que podía ser tanto Block como Dawson.

Sin perder de vista su presa, Coley lo siguió hasta que lo vio introducirse en un sótano; dando dos largos saltos, Coley penetró a su vez en el lugar y se dejó deslizar por el pasamano yendo a aterrizar sobre la cabeza del hombre; el golpe contra la pared fue fuerte y Coley permaneció un largo segundo quieto, buscando después a su costado la vara y empuñándola cuando vio moverse al hombre, que yacía casi debajo suyo.

Coley se apoderó del portafolio negro y aunque sus manos estaban empapadas por la lluvia, su tacto seguía siendo bueno; había dinero, más dinero del que Coley había visto en su vida.

Ganando cien dólares por semana, ¿cuánto tiempo tardaría en poder costearle a Billy un buen tratamiento en un buen instituto especializado? ¿Y si tuviera todo ese dinero?

Los dos detectives se hicieron presentes, bajando la escalera con rapidez. Al dar el último paso, el oficial Perry resbaló y cayó sobre una rodilla; al levantarse, pateó furiosamente al hombre caído, quien permaneció en el suelo, quejándose.

— ¿Qué haces? ¿Quieres matarlo? —exclamó Dawson.

—De buena gana lo mataría —replicó Perry.

Después, volviéndose hacia Coley, tomó el portafolio.

— ¿Qué es lo que buscaba dentro? —inquirió.

—Miraba el contenido; no olvide que soy yo quien cazó al hombre.

— ¿Quiere que le haga dar una medalla? —dijo el oficial.

—No me haga dar nada; lo mejor es que se calle.

El detective Dawson intervino, insinuando que era mejor que

alguno de ellos fuera en busca del camión celular para que se llevaran al hombre.

—Era una partida de juego de mucha importancia —comentó Dawson.

Coley recordaba todo lo que había oído contar a sus compañeros acerca de los detectives de división; la cantidad de dinero extra que ganaban. Quizá estuvieran equivocados, pero tal vez no.

—En esa cartera hay por lo menos tres mil dólares. ¿Qué va a ser de ellos? —preguntó Coley.

—Si el tipo puede probar que no era dinero que usara en el juego, conseguirá que se lo devuelvan; si no logra probarlo, irá a engrosar el Fondo Policial.

—De ambas maneras, el hombre saldrá perdiendo —dijo Coley —, porque tendrá que pagar un abogado que le costará por lo menos dos mil dólares.

— ¿Qué es lo que quiere decir con eso? —preguntó Perry, mirando a Coley con su seco y amarillo rostro.

—Que pienso que este tipo preferiría hacer un trato con nosotros —repuso Coley.

Una sonrisa extraña se veía en la cara de Dawson, y Perry, con los ojos alerta, dijo secamente:

—Hable claro de una buena vez, Walsh.

—Creo que preferiría compartir el dinero con nosotros —respondió Coley.

La voz de Perry era ronca y airada.

— ¿Y por la mitad de esa plata nos olvidaríamos de que ha estado levantando juego, que dirigía una casa de juego, que es un tahúr y que ha pegado a un oficial y huido?

—No sabía que le hubiera pegado —dijo Coley—. Eso es asunto de usted; el dinero no tiene nada que ver con los cargos que hay sobre él...

Perry tomó a Coley por la chaqueta y expresó:

—Son los tipos como usted los que emponzoñan el Departamento de Policía; serían capaces de vender a su madre por dinero ¡Me dan ganas de morderlo a golpes!

El color desapareció de la cara de Coley; luego, alejando de un manotón la mano de Perry, exclamó:

— ¡No me hace creer eso! Usted es de una división y todo el

mundo sabe lo que son los hombres de división... ¿Quiere todo el dinero para usted?

La voz de Perry temblaba al hablar.

— ¡Váyase de aquí! ¡Váyase antes de que le rompa la cara!

Dawson se interpuso entre ambos y mirando a Coley dijo:

—Váyase, hijo. No está bromeando.

Coley sonrió corta y nerviosamente.

—Quiere decirme que él...

—Exactamente. Y ese dinero irá eventualmente al Fondo Policial, como ya he dicho.

Algo mareado, Coley tomó su gorra y su impermeable que estaban caídos y murmuró:

—Podría darle muy buen uso a ese dinero; lo necesito...

— ¡Voy a denunciarlo! —gritó Perry.

—No lo va a hacer —expresó firmemente Dawson—. No es sino un muchacho que ha perdido la cabeza.

—Podemos pasarnos sin policías como éste —dijo con determinación Perry.

Dawson tomó a Coley por un brazo y le dijo, llevándolo hacia la puerta:

—Dígale al sargento que envíe el camión celular al ciento cuarenta y cinco y que después nos vengan a buscar.

—Se lo diré —contestó Coley.

Dawson le apretó el brazo.

—No se preocupe; no lo denunciará.

Coley salió y dejó que la lluvia cayera sobre su rostro un largo rato; después caminó lentamente hasta la seccional y cuando llegó, totalmente empapado, recién recordó que tenía el impermeable en el brazo.

Una semana más tarde, el teletipo trajo la orden de que Coley Walsh fuera trasladado a un nuevo distrito, cuando se lo comunicaron, Coley respiró aliviado.

No se trataba más que de un cambio y no un juicio debido a una denuncia de Perry. Eso le traería la novedad de nuevos compañeros, un nuevo capitán... Sólo el inspector seguía siendo el mismo y era el inspector Northen.

Cuando al día siguiente Coley fue a ponerse el uniforme, Dawson le palmeó la espalda, saludándolo; luego, se aseguró de que

estaban solos y dijo:

— ¿Pensó que Perry lo había sacado de su distrito?

—No tiene sentido que lo haya hecho, porque si me denunció al inspector Northen...

—No lo hizo.

— ¿Entonces el pase es una coincidencia?

—Yo conseguí que lo transfirieran; usted es la clase de tipo con quien me gustaría trabajar, porque tiene algo en la cabeza. Perry me tiene cansado y pensé que era tiempo de que él y yo nos separáramos; el inspector tiene por costumbre no dejar que dos hombres colaboren en sus tareas mucho tiempo y si le hubiera hablado a él, quizá hubiera tenido alguna sospecha. Entonces, me dirigí a mi amigo el capitán Wentigrid...

—Mi nuevo capitán.

—... y le dije que usted sería el compañero ideal para mí.

— ¡No puedo creerlo! ¿Eso quiere decir que voy a trabajar en una división?

—No, hijo —respondió con cierta tristeza Dawson—. No va a trabajar en una división, porque el capitán Wentigrid necesita un detective muy capaz para sí mismo; pero dentro de un par de días recibirá de él la orden de actuar como su ayudante personal.

CAPÍTULO 7

El capitán Wentigrid se mantenía en línea gracias a sus ejercicios de calistenia y tenía por costumbre tener las ventanas abiertas de par en par, aun con viento y nieve; jamás prendía la calefacción y tan sólo cuando una tormenta arreciaba permitía que se cerraran en parte las ventanas.

Coley, de pie ante su nuevo jefe, esperaba pacientemente a que éste levantara su mirada de los papeles que leía.

Coley miró a Fields, su compañero de tareas, asignado junto con él como ayudantes personales del capitán; Fields tenía unos cuarenta y cinco años, y era un hombre de cara encendida y vientre bastante prominente.

Wentigrid miró a Coley y a Fields y preguntó:

— ¿Han conversado ya ustedes dos?

—Sí, señor —dijo Coley—. Será un placer trabajar con Fields.

El capitán, contempló a Coley a través de sus tupidas pestañas grises y expresó su deseo de que ambos se llevaran bien.

—Fields, ¿ha entendido Walsh sus obligaciones?

—Sí, señor —respondió Fields—. Walsh aprende con rapidez.

—Entonces, no tengo nada que agregar —manifestó el capitán

—. Buena suerte, Walsh.

—Gracias, señor.

El capitán estrechó la mano de Coley. Después, tomó algunas citaciones y denuncias que tenía sobre el escritorio y les comunicó las órdenes del día.

—El bar de la avenida ya tiene un montón de denuncias. Díganle a Birnbaum que si sigo recibiendo quejas iré a entendérmelas con él personalmente. Debe cerrar a las tres los domingos por la mañana y si otra madre viene a quejarse de que su hija de dieciséis consigue bebidas alcohólicas en lo de Birnbaum, el tipo lo va a lamentar profundamente; la chica de Olson se emborracha allí y después no le interesa con quien se acuesta. La madre va a enviarle la cuenta del médico al comisario de policía... En cuanto a esos vendedores

ambulantes...

Cuatro semanas más tarde, Coley conocía su trabajo como si lo hubiera estado haciendo su vida entera. Un día le dijo a Fields:

—Eres un buen maestro, Fields. Me da la sensación de manejar un negocio bien establecido; todo lo que tengo que saber es de quién colectar y cuánto. Después, sacamos una parte para nosotros y el resto lo deslizamos en el cajón del capitán; el capitán no nos ve ponerlo y nosotros no lo vemos sacarlo. Me gusta este empleo.

No obstante, había días en que la monotonía de la tarea cansaba a Coley.

Ocasionalmente, Coley tenía días de acción, cuando debía actuar a las órdenes del inspector Northen; él y Fields solían colaborar cuando la división estaba escasa de hombres. Fue así que participó en un raid contra un establecimiento que destilaba alcohol ilegalmente, produciendo cientos de litros al día; otra vez allanaron un instituto perteneciente a un masajista sueco, que resultó ser un prostíbulo.

—Cuando tengo días animados —comentó Coley con Fields—, me siento como si realmente hubiera hecho algo en mi trabajo. Generalmente es muy aburrido.

—De otro modo no harías dinero, Coley —dijo Fields—. Hay que pensar en la plata; si yo no llevo un buen puñado para que mi mujer lo gaste, se convierte en la persona más intratable del mundo. Le gusta el dinero y lo que con él consigue.

—Todo el mundo quiere dinero —repuso Coley—. Con dinero eres alguien; sin dinero, no tienes un lugar donde caerte muerto.

—¿Fue ayer el especialista a tu casa?

Coley asintió.

—Billy irá al sanatorio particular que ese doctor tiene en Riverdale; allí recibirá el mejor tratamiento posible. El médico no me ha engañado; dijo que Billy nunca llegará a estar totalmente bien, pero que la pierna se le fortalecerá y que tal vez un día consiga llegar a caminar.

—Mientras tengas dinero que gastar, te darán una esperanza —dijo con escepticismo Fields.

Sintiendo súbita amargura en la boca, Coley replicó:

—Tengo que seguir luchando... Estoy ganando bien, de manera que puedo gastar dinero en el chico. Si las cosas continúan como

hasta ahora, entregándonos esos politiqueros cincuenta dólares por mes, los despachos de bebidas treinta, las casas de juego treinta y cinco y los apostadores cien cada uno mensualmente, aparte de otras cosas que nos caen entre manos, creo que puedo sentirme satisfecho gastando hasta el último níquel que saque.

Fields se rio y dijo:

—No creo que puedas gastarlo todo al mismo tiempo.

Coley terminó su café y continuó:

—He visto un lindo departamento en la Segunda Avenida. Cinco habitaciones, ascensor... Creo que a mi madre le gustaría.

Fields se mostró asustado.

—Ten cuidado, Coley. No es normal que vivas en un lugar así; por lo menos, no con el sueldo de un policía.

Encogiéndose de hombros, Coley dijo:

—Es una charla, Ben...

Salieron de la oficina y caminaron unas cuadras, deteniéndose luego ante una peluquería.

—¿Está Spinelli adentro? —preguntó Fields.

—Se está afeitando —informó Coley.

—Cada vez que lo veo es con espuma en la cara —comentó Fields—. Vamos a cobrar otros cien dólares; si se queja, le voy a decir que se vaya a levantar juego en otro distrito. Nos darían quinientos por el que él está trabajando.

Spinelli le pasó a Fields cinco billetes de veinte.

—Los negocios no andan como antes. En otros tiempos uno podía vivir bien.

—Todavía gana mucho —observó Fields.

La sonrisa de Spinelli era forzada.

—Antes teníamos seguridad de qué caballo iba a ganar en las carreras; ahora no sabemos una palabra de nada. Los que levantan las apuestas, los pasadores, solemos recibir golpes fuertes.

Fields abrió la puerta de la peluquería y, antes de retirarse, dijo:

—El Sindicato está operando nuevamente; quizá vuelvan los buenos tiempos.

—Eso dependerá de lo que cueste la protección de la policía —expresó Spinelli—. Tal vez se pueda hacer algún trato interesante.

Ya afuera, Coley preguntó:

—¿Qué ocurre con el Sindicato?

—Antiguamente, el Sindicato manejaba todas las operaciones de juego de la ciudad. Pero tuvieron que abandonar, porque hubo un cambio de Jefe de Policía, inspectores, etc., y surgieron demasiados agentes de la ley honestos.

— ¿Las cosas han cambiado?

—No exactamente, pero la presión ya no es tan fuerte, o por lo menos eso cree el Sindicato. En casi todas las grandes ciudades, el Sindicato controla el juego, Coley. Es imposible trabajar una cigarrería, un hotel o una esquina sin el consentimiento del Sindicato. Hay que pagarle un tanto por ciento, pero vale la pena hacerlo porque se reciben beneficios. Pagan al abogado que defiende al pasador que ha sido arrestado y como tienen conexiones con la oficina del comisario y de los magistrados, puede lograr que el caso se resuelva favorablemente. Tal vez vuelva a operar; no podría asegurarlo.

—Es muy extraño que no haya oído hablar del Sindicato, si es que maneja ese aspecto de la ciudad —observó Coley.

—Es que recién comienzan a operar otra vez, Coley. Por ahora, están aceptando miembros voluntarios; más tarde, el resto será forzado a hacerlo. Están actuando con astucia, por el momento; nada de rudeza, todo muy pacífico; si alguien se adhiere, consigue grandes prebendas. Un pasador acepta apuestas altas; tendrá suerte si está afiliado, porque en el supuesto caso de perder, el Sindicato se encargará de que sea una cantidad que al hombre le sea posible pagar; si no está afiliado, lo harán perder hasta la camisa y puedes apostar que correrá a afiliarse al Sindicato inmediatamente.

— ¿Quién dirige esa organización? —preguntó Coley.

—David Rodríguez dirige la rama de juego de Nueva York. No es un tipo muy inteligente, pero es muy recio. Está encargado del juego, de los pagos y de los cobros; actualmente tiene bajo sus órdenes a cincuenta delincuentes juveniles, que trabajan para él.

— ¿Quién es el jefe de David?

—Henny Woods. Es inteligente y astuto; una buena combinación para un hombre que está encargado de vigilar todo el personal del Sindicato y a los trapaceros de Nueva York.

— ¿Y quién es el jefe principal?

—Es un individuo llamado Peter Carlyle. Él dirige todo Nueva York para el Sindicato Nacional y es uno de los tres o cuatro

hombres en cuyas manos está el negocio del juego de todo el país. Aparentemente, no tiene nada que ver con esas actividades.

Coley silbó.

—Es todo un señor ese Peter Carlyle —dijo.

— ¿Lo conoces? —preguntó Fields.

Coley no le respondió y caminaron en silencio unas dos cuadras.

De pronto, abruptamente, Coley se detuvo y dijo:

—Ben, nosotros podemos hacer dinero; mucho dinero.

—Estoy conforme.

—En uno o dos años te podrás reír del Jefe de Policía.

— ¿Por qué tendría que reírme del Jefe de Policía?

— ¿Dices que el Sindicato está reclutando miembros?

—Hasta ahora se han afiliado, Cohen, Berman, De Luca y Keavy, de nuestro distrito. No sé cuántos habrá en los demás distritos.

—Escucha, Ben: ¿qué nos impide constituirnos nosotros en el sindicato de nuestro distrito?

— ¿Qué estás diciendo, Coley?

—Sí. ¿Qué nos impide poner en los mejores lugares a nuestros propios hombres, para que trabajen para nosotros? ¿Cuál es la protección especial del Sindicato, cuando si nosotros queremos podemos encarcelar en cualquier momento a sus miembros? Si queremos que un pasador abandone su puesto, no tenemos más que llevarlo preso unas dos o tres veces, y si no está loco, se irá del distrito si es que no quiere que lo llevemos todos los días.

—Antes —repuso Fields— el Sindicato ponía en comunicación de algún principal de la división lo que ocurría y en ese caso hubiéramos sido nosotros los que desapareceríamos del distrito. Hoy, pues... creo que el Sindicato no nos trataría con suavidad.

—No se atreverían sin tener un respaldo muy fuerte, Ben. De todos modos, dijiste que no usarían de la fuerza hasta que estuvieran completamente organizados.

Fields parecía bastante preocupado.

— ¿Cómo se te ha metido eso en la cabeza, Coley? ¿Quieres decirme que vas a financiar una docena de pasadores?

Con entusiasmo, Coley dijo:

—Tú sabes muy bien que ésa es la forma de hacer verdadero dinero; dinero del grande. Nosotros bancaremos y le pagaremos a ellos un tanto por ciento.

—Al capitán Wentigrid no le va a gustar la cosa, Coley.

—Le daremos su parte y se callará la boca.

—No creo que se arriesgue, sabiendo que ahora tiene un filón seguro, Coley. Por otro lado, ¿tienes dinero suficiente como para respaldar a los pasadores? Digamos diez mil por cada uno de ellos.

— ¿Tanto se necesita, Ben?

—Más o menos. Piensa que el Sindicato puede hacer que acepten algunas apuestas muy altas y habrá que respaldarlas, porque debes tener en cuenta que es el Sindicato el que está en contacto con los propietarios de caballos y son ellos los que saben cuando va a ganar un animal. Pueden terminarte definitivamente con una sola apuesta alta, Coley. No te creas tan inteligente.

Coley pisó el cigarrillo que llevaba en la boca y dijo:

—Soy más astuto que Rodríguez y que otros que trabajan para el Sindicato... Ben, ¿cuánto dinero podemos juntar entre los dos?

—No cuentes conmigo, Coley —expresó Fields, meneando pesimistamente la cabeza—. Tengo suficiente con lo que saco.

—Yo no —exclamó Coley—. Esta es una oportunidad y no voy a perderla.

— ¿Podrás conseguir cuarenta o cincuenta mil para empezar, Coley?

—Puedo empezar con la mitad de esa cantidad y creo conseguirla. Tendré oportunidad de saber lo pacífico que es realmente el Sindicato.

Esa tarde, Coley estaba sentado en el living de los Cantor, oyendo a Joseph Cantor disculparse por tercera vez por la ausencia de Mille.

—Sabía que tenía que salir con Carlyle hoy; es a usted a quien quiero hablar. Tengo un negocio y necesito un socio con dinero.

Cantor alzó una ceja y preguntó:

—Esa sociedad, ¿cuánto me va a costar?

Coley dudó un momento y luego dijo:

—Para hacerlo debidamente, necesitaremos cincuenta mil dólares.

— ¿Mi dinero y sus sesos?

—Tendremos cien mil dólares en un año.

— ¿Con propinas?

Coley se ruborizó y repuso:

—Presumía que no quería saber nada.

Cantor alzó los brazos en un gesto defensivo.

—Durante toda la vida he visto presentarse gente ante Joe Cantor, dispuesta a hacerle un favor y hacerle ganar un millón de dólares... ¿Para qué quiero yo ser millonario? Mi mujer y yo tenemos bastante dinero para dejar a las obras de caridad cuando muramos.

—Esta es una buena inversión; no me ha dado tiempo a explicarle.

Cantor se dio una palmada en la frente y dijo:

— ¡Cincuenta mil dólares! ¿Sabe lo que pide? Si quiere mil, Coley, se los doy; me los devuelve dentro de diez años, pagándome monedas por semana.

—Podría arreglármelas con cuarenta mil.

—Le doy dos mil dólares, Coley.

—Veinte mil.

—Tres mil dólares, Coley. Sabe que lo quiero como a un hijo adoptivo.

Coley se puso de pie y dijo:

— ¿No quiere escuchar mi propuesta?

—Por tratarse de hacer una fortuna en poco tiempo, la propuesta no debe ser honesta; prefiero no escucharla.

—Es un buen negocio; tan bueno como el mejor, pero si no quiere escucharme, no puedo obligarlo.

En tono de ruego, Cantor dijo:

— ¿Quiere cinco mil dólares? He trabajado mucho para tener dinero; muchos años de sacrificios...

—A este dinero lo hará sin sacrificios.

—He trabajado ganando un dólar y medio por día...

—Ya he comprendido, Cantor.

La frente de Cantor se contrajo.

—Todo lo que deseo es que mi mujer y yo no carezcamos de nada hasta nuestro último día en la tierra y si escuchara a todos los amigos que vienen a hacerme buenas propuestas, tendría que volver a trabajar en la máquina de coser, Coley.

Coley se encaminó a la puerta y la abrió.

—Está bien, ya tengo la respuesta —replicó—. No se quede preocupado, Cantor. De todos modos, es su dinero... Hasta pronto.

Ben no oyó con simpatía el relato de Coley. El asunto le disgustaba.

—La idea era buena y tenía que hacer la prueba, Ben. Cantor es un buen tipo y hasta cuando dice que no lo dice con sentimiento.

Se hizo un silencio y luego Coley continuó:

—Ben, tengo una idea buena para conseguir entrar en el Sindicato, pero necesito que me ayudes.

—No pienses que lo haga, Coley.

—Cuando yo esté en la organización, vendrás conmigo.

—Estoy satisfecho con los dos mil extra que saco por mes.

—El Sindicato ya ha afiliado a seis de los que trabajan en nuestro distrito.

—Siete. Flynn se afilió ayer.

—Voy a zamarrear un poco a esos muchachos, Ben. Voy a alejarlos y poner en sus lugares a tipos pasados por mí.

—¡Tú tienes fiebre! —exclamó Fields, palideciendo.

—Lo hemos hecho antes. A Flynn le vendimos su puesto por mil dólares.

—Fue diferente, porque Gollen nos estaba dando trabajo y tuvimos que ahuyentarlo. Al capitán Wentigrid no le importaba que fuera uno u otro.

—Ni le importará, mientras su parte sea la misma. El capitán nunca hace preguntas, Ben.

—Eso no me gusta, Coley; esos muchachos son buenos tipos.

—Es lo que hay que hacer, Ben.

Fields arrugó la cuenta que tenía en la mano y la transformó en una pelotita.

—Por tu propio bien, te digo que no.

Con aspereza, Coley replicó:

—No necesito tus lágrimas, Ben.

—¿Por qué te empeñas en combatir ese Sindicato, Coley? ¿Por qué quieres crear problemas?

Coley abrió el puño cerrado de Fields y sacó la cuenta, tratando de alisarlo sobre la mesa.

—Ben, dame un mes para probar mi plan; si no resulta, esos siete tipos volverán al distrito sin que nadie haya sido demasiado perjudicado. Te daré quinientos dólares de mi parte personal, Ben.

—Eres francamente ofensivo, Coley; no quiero tu dinero.

— ¿Qué es lo que quieres, Ben?

—Que me dejes en paz.

—Mañana expulsaré a Cohen; será el primero.

Fields, apoyándose sobre la mesa, se incorporó.

—No quiero meterme en esto, Coley; todo lo que hagas es tu responsabilidad.

Fields dejó un billete sobre la mesa del bar y agregó:

—No voy a interferir en lo que hagas, Coley, a menos que me vea obligado.

—Guarda tu billete; yo pago la cuenta —objetó Coley. Pero Fields ya estaba afuera.

Hymie Cohen era bajo y rechoncho, con unos vivaces ojos oscuros en el rostro sonrosado. Se levantó sobre las puntas de los pies, como para hablar en el oído de Coley.

— ¿No le di un acomodo los otros días?

—Es un asunto con usted, personalmente, Hymie.

—No comprendo... ¿Está bromeando con el pequeño Hymie?

—Tiene que irse de aquí, Hymie.

— ¿Por qué? ¿Por qué tiene que perseguirme? ¿No pago acaso para estar tranquilo?

—Queremos que se vaya de este distrito.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Hymie.

— ¿Qué es usted: un buitre? He estado trabajando en este puesto durante diez años.

—La esquina no es suya.

—He pagado suficientes coimas como para ser dueño de toda la manzana.

Coley alargó la mano y lo tomó por las solapas del saco.

— ¡Condenado cochino! ¿Con quién cree que está hablando? ¿Con uno de sus amigos?

—Me quita el pan de la boca, Walsh. Si me echa del distrito tendré que comenzar de nuevo; aquí conozco a todo el mundo.

—Eso no es asunto mío.

—Deje que compre el puesto otra vez... ¿Cuánto quiere?

Coley empujó a Cohen.

—Queremos que se vaya; no por ninguna razón personal contra usted, pero queremos que se vaya de aquí.

Las lágrimas de Hymie amenazaron desbordar.

— ¿Adónde voy a ir? Tengo derecho a trabajar; lo dice la ley.

Coley miró la calle y respondió lentamente:

—Dígale eso al Sindicato.

Con una mirada de horror, Hymie exclamó:

—Es el Sindicato el que me hace esto, Walsh? Dígame la verdad.

Coley se metió un chiclet en la boca y se hizo el desentendido.

— ¡Quién podría imaginarse una cosa así!— gritó Hymie—. Me asocio a ellos y me pagan así.

—Yo no he dicho eso, Hymie.

—Le diré a Rodríguez y sus compinches que se están pasando de vivos... No dejaré que me atropellen tan fácilmente.

—Está bien, vamos, Hymie.

—Bueno, Walsh. No crea que no sé entender una insinuación. Mañana no vendré, de manera que ¿qué necesidad hay de apurarme hoy?

Coley tomó a Hymie por un brazo.

—Cuando presente la queja en la Corte le daré una oportunidad. Diré que lo vi levantar unas apuestas y que usted me dijo: "Por favor, oficial; sólo he estado haciendo esto desde hace dos años."

De la garganta de Hymie salió una exclamación ronca.

— ¡Usted me crucifica, Walsh!... ¿Qué daño le he hecho?

Esa tarde, Hymie tuvo que comparecer en el juzgado. El magistrado le aplicó una multa de quinientos dólares y un día de arresto; pálido y tembloroso, Cohen salió del recinto y pagó una fianza.

Coley, a su vez, se encaminó en busca de su segunda víctima.

Dos semanas más tarde, los siete hombres que se habían afiliado al Sindicato habían desaparecido y otros estaban en posesión de sus puestos, los más lucrativos del distrito, pagando quinientos dólares por el privilegio de ocupar los lugares vacantes.

Coley depositó la mitad de la colecta en el cajón del capitán Wentigrid. Todo el mundo estaba conforme, menos el Sindicato.

CAPÍTULO 8

Coley vio a Fields bajando la escalera que conducía a las oficinas del capitán. Un detective que subía murmuró algo en el oído de Fields y éste descendió con una sonrisa en los labios.

—La mujer de Donovan está en la puerta del frente esperándolo para que le entregue el sueldo —dijo con buen humor.

Coley lanzó una carcajada divertida.

—La querida de Donovan está esperándolo en la salida posterior —dijo Coley.

Después apagó el cigarrillo que tenía casi consumido entre los dedos y, dirigiéndose a Fields, anunció:

—Sal conmigo y te mostraré un sueño.

Fields lo miró con un interrogante y ambos salieron a la calle.

Cuando llegaron a la esquina, Coley dobló y los ojos de Fields se posaron sobre un convertible último modelo que quitaba el aliento.

—Bonito, ¿verdad? —preguntó Coley.

Fields miró a Coley hasta que finalmente comprendió.

—Supongo que no es tuyo.

—Puedes apostar a que sí es mío —repuso Coley.

Coley sacó una llave y abrió la puerta.

—Entra —invitó a Fields—. Te llevaré a tu casa... ¿Qué me dices del interior?

Fields se repuso de su asombro.

—Coley, ¿qué te he dicho sobre la forma de gastar tu dinero? Seguramente que lo has comprado con las ganancias de tu plan, ¿no es así?

—No creas que he ganado tanto —respondió Coley—. Fué una oportunidad. Un tal Tony Madera se quedó sin un cobre en una partida de juego. Necesitaba dinero en seguida y me ofreció el coche por dos mil quinientos dólares al contado. No podía dejar un negocio tan brillante; es un auto nuevo, que no tiene más de quinientos kilómetros...

Fields parecía haber echado raíces en el lugar.

— ¿De dónde diablos puede sacar un policía esa cantidad de dinero para comprar un coche así, Coley? ¿No comprendes que no podrás justificar esa compra? Estás arriesgando el pescuezo y nos expones al capitán Wentigrid y a mí. Si el capitán llega a enterarse de esto...

—Por eso no lo lo estaciono frente a la comisaría —se apuró a contestar Coley—. ¿No es una maravilla, Ben? Estos Cadillac corren como el viento.

La ira iluminó los ojos azules de Fields.

—Véndelo inmediatamente, ¿me oyes? Véndelo antes de que algún policía que conoces denuncie que andas en ese escaparate rodante...

—No te preocupes por eso —repuso Coley, mirando hacia otra parte—. ¿Quieres subir?

—No —respondió Fields—. Jamás te he visto con un Cadillac convertible. Debes deshacerte de él mañana mismo.

La respuesta de Coley sonó fría y firme:

—Me voy a quedar con él, Ben.

—Te has vuelto loco.

—Cállate, Ben —las mandíbulas de Coley se endurecieron—. Si no quieres acompañarme, dilo y no argumentes más.

—Escúchame, Coley...

—Me gusta el auto y me voy a quedar con él. ¿Subes?

Fields se dio vuelta y se alejó. Coley lo miró y deseó no haberle hablado con tanta dureza; Fields era un buen tipo.

Coley levantó los vidrios de las ventanillas y estaba por poner el motor en marcha, cuando una voz cantarina dijo:

— ¿Podemos conversar, Walsh?

Coley sacó la cabeza y vio un hombre alto, de dientes blancos y brillantes, que se destacaban en el rostro bronceado. Era David Rodríguez.

— ¿Qué es lo que quiere?

—Usted me está preocupando, Walsh.

—No tengo nada que hablar con usted, Rodríguez.

—Mis muchachos están teniendo problemas con usted, Walsh.

— ¿Sus muchachos? ¿Es usted el jefe principal?

La sonrisa de Rodríguez desapareció.

—Bien: los muchachos del Sindicato. Permítame decirle, Walsh,

que este Sindicato puede causarle trastornos.

Coley se rio y luego dijo:

—Esos tiempos ya pasaron, Rodríguez. Por otra parte, no me interesa un comino.

Rodríguez se apoyó en el coche al inclinar su cuerpo para murmurar:

—Tal vez tenga interés en hacer algunos dólares, Walsh.

—Quite la mano del auto, Rodríguez. Soy un policía y soy dueño de llevar preso a cuanto pasador quiera.

Los labios de Rodríguez hicieron una mueca.

— ¿Cuánto, polizonte?

—Váyase antes de que le aplaste las piernas con las ruedas.

Rodríguez suavizó el tono.

— ¿Qué es lo que quiere, Walsh? Tiene que haber alguna razón para que esté persiguiendo a los muchachos del Sindicato. Si me dice cuánto quiere, quizá pueda conseguírselo.

—Dígale a su jefe, Henny Woods que no entiendo el idioma que habla.

Coley puso el motor en marcha.

—Lléveme con usted hasta la ciudad y en cinco minutos...

—Esto no es un taxi —contestó con dureza Coley.

El auto dio vuelta la esquina lentamente. Coley se rio interiormente; hacía una semana que Coley esperaba la reacción del Sindicato y finalmente ahora comenzaba a hacerse oír, por boca de Rodríguez. Sin duda, ahora habría acción, cualquiera que ésta fuese.

Ese martes, Coley fue requerido para acompañar a los hombres del inspector Northen a allanar un local de juego y era cerca de la medianoche cuando, cumplida con éxito la misión, Coley se dirigía a su casa.

Era una noche muy fría y la humedad se colaba a través de la ropa de Coley, haciéndolo temblar.

Cansado y hambriento caminaba por Rivington, cuando vio al hombre apoyado contra el sedan negro; demasiado somnoliento para pensar, Coley pasó junto al auto.

Un sonido vago llegó hasta él y dándose vuelta vio al individuo blandir un objeto brillante; no tuvo tiempo de defenderse, porque el cielo pareció explotar dentro de su cabeza en miles de estrellas brillantes.

Una voz irreconocible ordenó:

— ¡Al callejón! No le marquen la cara; pero déjenlo como para que no se olvide de nosotros.

Lo que siguió fue algo tan terrible que difícilmente Coley lo olvidaría y así se lo prometió. Perdió el sentido luego de un rato, sumergiéndose en la negrura protectora del desmayo.

Alguien lo sacudía y volvió en sí sintiéndose mojado, como si se hubiera caído al agua con la ropa puesta; sobre él caía una fina llovizna.

— ¿Está bien, señor? — dijo la voz de un hombre —. Envié a mi mujer a buscar a la policía.

Coley alejó con un brazo al hombre y logró ponerse de pie apoyándose en la pared.

No se reconoció la voz cuando dijo:

—No necesito la policía. Estoy bien.

—Vi cómo lo golpeaban desde mi coche; eran cuatro —informó el hombre.

—Escuche, señor —repuso Coley —. Gracias por la molestia, pero esos tipos eran amigos míos; es un asunto personal. Ahora váyase, por favor.

Coley no pudo dormir; el dolor le resultaba intolerable y la hinchazón de su labio inferior era lo único visible de la tremenda paliza que recibiera.

Lo que más lo molestaba era pensar en su imbecilidad. ¿Acaso no sabía que el Sindicato sólo tenía una alternativa? Tratar de comprarlo o sacarlo del paso de alguna manera. Sabiendo eso, debería haber estado prevenido; pero, de ahora en adelante, pensó, no saldría sin revolver.

Cuando despertó por la mañana, sintió el cuerpo molido, como si hubiera hecho ejercicios violentos después de largos años de inactividad.

Su madre había terminado de desayunar cuando apareció en la cocina, todavía en pijama.

—Mamá, llama a la seccional y di que estoy enfermo. Después ponme en comunicación con mi compañero Fields.

— ¿Qué les digo?

—Dile que me caí de la escalera, pero que espero estar bien para mañana.

Por medio de Fields, y sin decirle nada de lo sucedido, Coley averiguó que Rodríguez vivía en una casa de departamentos de la Avenida A.

A las diez de la mañana, Coley buscaba en la guía de la farmacia de la esquina de la Avenida A el teléfono de Rodríguez.

La voz áspera de Rodríguez dijo:

—Hola.

— ¿David? Habla Walsh.

— ¿Qué ocurre? —preguntó Rodríguez, después de un momento.

—Estaba pensando en lo que me dijo la semana pasada; creo que me gustaría conversar con usted.

Había mofa en el tono del hombre al responder.

— ¿Cambió de idea con respecto a mis muchachos?

Coley soltó una risa forzada.

—Quizá... Tengo derecho a cambiar de opinión si lo deseo, ¿no es así?

—Sí, sí —respondió Rodríguez—. Pero, ¿tan de golpe?

—Francamente, encontré unos amigos que me convencieron de que estaba equivocado... ¿Podemos hablar?

—Lo pensaré.

—Piénselo pronto; todavía tengo a sus muchachos en mis manos.

Rodríguez pareció considerar el asunto y finalmente contestó:

—Está bien; venga y conversaremos.

Vestido con una robe de seda azul, Rodríguez abrió la puerta.

Coley observó con detenimiento el living, cargado de demasiados muebles y de diversos colores de tapicería.

Con impaciencia, Rodríguez dijo:

—No dispongo de mucho tiempo; tengo que salir.

Mirándolo fijamente, Coley manifestó:

—Tiene unos tipos muy recios trabajando para usted; voy a tener que creerle, Rodríguez, porque se debe sentir seguro en su puesto para mandar a esos cuatro muchachos a conversar conmigo.

—Sé cumplir con mi trabajo —respondió Rodríguez,

Con calma, Coley repuso:

—Pensé que usted era el responsable de lo que me ocurrió; ahora estoy seguro.

— ¿Qué quiere decir? —interrogó Rodríguez, instantáneamente

alerta.

—Esos muchachos me enseñaron algo: que nunca hay que confiar en un asqueroso maleante.

Los tendones del cuello de Rodríguez se pusieron tensos como cuerdas.

—Tenga cuidado con lo que dice, Walsh.

Con burla, Coley contestó:

—Tendré mucho cuidado... ¿Quiere hacer un favor? Deles este mensaje a sus jefes. Después que haya terminado con todos los pasadores de mi distrito, voy a solicitar la cooperación de mis otros compañeros de los demás distritos para que hagan lo mismo. Voy a golpear al Sindicato de una manera tal, que tardará mucho en recobrarse.

—La próxima vez le haré dar una paliza tal, que no volverá a caminar en su vida.

Coley tomó a Rodríguez por las solapas.

—Tendrá que hacer algo más contundente que eso, amigo; tendrá que hacerme matar, porque le juro por lo más sagrado que si algún matón de los suyos me llega a poner una mano encima, los voy a llenar de plomo a usted, a Woods y a Carlyle; aunque tenga que caminar con muletas, ¡lo haré!... Dígales esto a sus jefes en nombre mío...

Los labios de Rodríguez estaban blancos.

—No se ponga así...

Con una sonrisa, Coley añadió:

—... y creo que es mejor que les lleve una prueba, para que estén seguros de que cumpliré lo que dije. Esto, por ejemplo.

Con un rápido movimiento, Coley le dio un golpe con la rodilla. Rodríguez se doblaba en dos cuando Coley le alzó la cabeza de un nuevo rodillazo. El hombre cayó al suelo sin poder siquiera dar un grito; Coley le dio dos puntapiés en las costillas y cuando Rodríguez comenzó a vomitar, lo escupió y salió del departamento.

Coley condujo su auto de regreso a su casa y esta vez durmió pacíficamente y sin dolores.

Cuando se despertó, a las ocho de la tarde, decidió dar un paseo por Brooklyn.

Mille tenía a Peter Carlyle de visita. Sin detenerse en el umbral, Coley entró y dijo:

—No sabía que estabas ocupada, muñeca. ¿Qué tal, Pete?

Alzando las cejas, Mille vio a Coley instalarse cómodamente en un sillón.

Carlyle estudió una cortadura que presentaba la cara de Coley y el labio hinchado.

—La vida de un policía debe ser movida, algunas veces —dijo.

—Tiene sus compensaciones —repuso riendo Coley—. ¿Qué tal van sus negocios, Pete?

— ¿Le interesa?

—Naturalmente. Cualquier día de estos me asocio con usted en alguna operación.

Carlyle sacó un cigarro de su bolsillo y comenzó a quitarle la envoltura.

—Debería hacerse coser la cortadura esa —expresó.

Mille alzó la cabeza de Coley y observó la cortadura.

— ¿Cómo ocurrió esto? —preguntó.

—Fue un descuido que tuve... Pero puedes estar segura de que no me volverá a suceder, porque la próxima vez quedarán un par de cadáveres en la zanja.

—Supongo que en caso de no ser un asunto oficial, tendría que dar alguna explicación —observó Carlyle.

—No sería el primer policía a quien atacan unos matones —repuso Coley—. Si la superioridad investigara, toda la historia saldría a la luz y no sería yo solamente el perjudicado; eso traería muchas complicaciones.

—No le falta coraje, Coley —dijo Carlyle con cierta admiración.

—En el lugar donde nací y con las compañías que tuve, aprendí a que era preferible empujar primero, para no ir a parar a la zanja.

—Es una buena filosofía.

Coley tomó el vaso que Mille le ofrecía.

Carlyle se puso de pie y dirigiéndose a Mille dijo que tenía que marcharse.

Saludó a Coley con un fuerte apretón de manos y añadió:

—Espero verlo pronto, Coley.

Luego de que Carlyle partiera, Mille se sentó en el diván y preguntó:

— ¿Qué significa esa charla que tuviste con Pete, Coley? ¿Puedo preguntar?

—Pregunta todo lo que quieras, pero no te contestaré, Mille. Oí que Carlyle te decía que el viernes salen a navegar... No creo que ése sea el hombre indicado para ti, Mille.

— ¿Quién te parece el hombre indicado para mí, Coley?

Coley atrajo a Mille hacia sí y dijo:

—Tú sabes que te amo, Mille. No puedo soportar la idea de que salgas con Carlyle; me hace sufrir.

Besó a Mille apasionadamente y los brazos de ella lo rodearon.

—Yo también te amo, Coley... Te amo más que a nada en este mundo...

CAPÍTULO 9

Henny Woods estaba esperando a Coley, en compañía de Rodríguez.

Al aparecer Coley, Rodríguez lo señaló al hombre que estaba a su lado y éste cruzó la acera para hablar con Coley.

—Soy Henny Woods —dijo—. Tengo entendido que usted es Coley Walsh.

Henny tenía el aspecto de un luchador profesional; su cara era inexpresiva y al hablar miraba un punto de la corbata de Coley, como si levantar un poco más la cabeza le costara mucho trabajo.

—Lo invito a conversar en mi departamento y tomar unas copas —agregó el hombre.

Coley miró su reloj pulsera y dijo:

—Estoy apurado.

—No estaré disponible otra vez, Walsh, créame.

—Está bien —respondió Coley—. Puedo disponer de una hora.

—Gracias, Walsh — repuso Woods, secamente.

Henny Woods vivía en la calle Oeste Cincuenta y Cinco y su departamento era lujoso y demasiado recargado de muebles y adornos.

Con un vaso de whisky en la mano, Coley se reclinó en un sillón y escuchó a Woods. Cuando éste comenzaba a hablar, sonó el timbre y salió a atender al visitante; Coley entrevió la figura de un hombre alto y musculoso y alcanzó a escuchar frases sueltas de la conversación.

“El jefe dice que estás despedido. Si no puedes conseguir afiliar miembros, dedícate a otra cosa... No tenemos trabajo para ti... Con una vez, es suficiente... Ya sé que perdiste la cabeza, pero no podemos emplear a gente que no sabe conservar la calma...

Las facciones le resultaron familiares a Coley; trató de localizar al individuo, pero le fue imposible.

Después de un rato, el hombre se fue y Woods regresó al lado de Coley.

—Disculpe la espera, Coley... ¿Otra copa?

Woods se sentó frente a Coley e hizo la propuesta que se traía entre manos.

—Mi jefe me ha dicho que le ofrezca ponerlo en nuestra lista de empleados, con cien dólares por semana, Walsh.

Coley rio y repuso:

— ¿Podrán pagarme una cantidad tan grande?

—Ciento cincuenta es lo máximo que por ahora le daremos. Trabajará con Rodríguez y responderá ante él.

—Me han conseguido un jefe muy respetable —dijo con zumba Coley.

Woods le echó una mirada helada y apretó los puños, lo que hizo pensar a Coley que tal vez se estaba excediendo.

—Pruebe el trabajo durante tres meses, Walsh; si anda bien tendrá otros cincuenta por semana y si anda mal lo despediremos, sin que nos asuste la actitud que después pueda asumir.

—No pienso dejar mi trabajo en la policía.

—Si no fuera policía no podríamos emplearlo; necesitamos reclutar nuevos miembros, nuevos pasadores y levantadores de apuestas. Haremos todo de una manera tranquila y usted puede colaborar muy bien con nosotros, de manera de ahorrarse inconvenientes a la par que ahorrárnoslos. Quiero aclararle que personalmente nunca he tenido confianza en ningún policía, y si es un vendido menos aún; lo que hago no es por mi iniciativa, sino porque así lo quiere mi jefe.

La voz de Woods era inexpresiva y hablaba como si lo que decía no fuera asunto de su incumbencia.

—Creo que está algo equivocado conmigo, Woods.

—Si es así, oportunamente me retractaré. Pero le advierto que mis muchachos lo vigilarán en todo momento; no lo olvide.

Coley se puso de pie y preguntó:

— ¿Quién era el hombre que conversaba con usted? Tengo idea de que lo conozco.

—Jimmy Luckman.

Coley se sonrió y repuso:

—Conocí a alguien parecido... Pensaré la propuesta, Woods.

—Espero que se decida afirmativamente, Coley.

—Hasta pronto —saludó Coley.

Cantor se sorprendió cuando vio a Coley al abrir la puerta.

—¡Coley! Adelante... Vamos a tomar un “shnapp”.

—Otro día, Cantor.

Coley refirió a Cantor el encuentro con Luckman.

— ¡Ese perro canalla! —exclamó Cantor.

— ¿Qué sucede con ese asunto, Cantor? Nunca me lo dijo.

—Ahora ya no me molesta Luckman; ahora me visita otro personaje, que parece un guerrillero español. Tiene unos bigotes tan brillantes que relampaguean.

Coley reconoció a Rodríguez.

— ¿Qué quieren de usted, Cantor?

—Quieren que les venda el veinticinco por ciento de Cangro por quince mil dólares. Pero eso no es nada. Hay que comprender el trabajito que me quieren hacer. Me compran el veinticinco por ciento y quizá dentro de unos dos meses yo comience a tener inconvenientes con los trabajadores o tal vez alguien eche un ácido en mis modelos... Entonces, Luckman vendrá a decirme que con otro veinticinco por ciento no habrá más problemas... Un año después ya no tendré más negocio. Habré dado mi vida a una empresa para no recibir nada a cambio.

—Si le compran el veinticinco por ciento, usted siempre será el principal dueño.

— ¡Qué infantil que es usted Coley! —dijo con exasperación Cantor—. ¿Dueño? ¡Ellos son gangsters! ¡Pistoleros! Van a traerme tantos trastornos que me volveré loco.

—Comprendo. Se sentirá tan acobardado que les dará el negocio por nada.

—Si no hago lo que me dicen, y llegan a organizarse muy fuertemente, provocarán huelgas en el gremio y no habrá manera de detenerlos. No tendré pruebas para presentar a la policía de que mis camiones son atropellados adrede y de que la ropa es estropeada intencionadamente... Esto y muchas cosas más. Yo sabré de qué se trata, pero no podré probarlo...

—Tiene razón, Cantor... Y no bien comience a contar lo que ocurre, le harán vender el porcentaje que quede en sus manos.

Con cansancio, Cantor dijo:

—Estoy demasiado viejo para luchar...

CAPÍTULO 10

Hacía ya varios días que Coley colaboraba con el sindicato, cuando Rodríguez lo enteró de que pensaba contratar dos conocidos pistoleros de Detroit para dar un escarmiento a Cantor y decidirlo a vender Cangro.

—Es preferible que no sea ningún muchacho de los nuestros, porque si hubiera una denuncia podría traernos complicaciones. Estos tipos llegarán en avión por la mañana y saldrán por vía aérea la misma noche; no habrá nada que nos pueda señalar.

— ¿Qué piensan hacerle, Rodríguez?

Rodríguez se sonrió con astucia.

—Si le hiciéramos dar una paliza al viejo, se dejaría matar sin que pudiéramos obligarlo a hacer lo que queremos. Pero lo hemos estado estudiando desde hace tiempo; si hay algo que el viejo quiere más que a nada en el mundo es a su mujer. Cualquier cosa que a ella le ocurriera lo trastornaría.

Coley sintió una transpiración fría mojarle las manos.

—Es una mujer de edad. Rodríguez, y no creo que...

— ¿Vas a aflijirte por una cosa así? Es algo que se debe hacer, porque el negocio lo requiere... No creas que le causarán mucho daño; sólo algo que lo asuste bien al viejo.

— ¿Saben los jefes lo que has planeado, Rodríguez?

—Todavía no, pero sé que lo aprobarán; tengo carta blanca para obrar en estos casos...

— ¿Cuando llegará esa gente dé Detroit?

—El viernes por la mañana.

Con evidente satisfacción, Rodríguez señaló:

—La semana que viene pienso tener el treinta por ciento de Cangro en las manos, Coley. Le conseguiré un cinco por ciento más a Carlyle y eso me dará una situación importante dentro del Sindicato...

Aunque el sentido común le decía a Coley que no debía meterse en las decisiones de la organización, no tenía tranquilidad desde

que supo lo que se planeaba contra Cantor. Habló con Woods del proyecto de Rodríguez, y Woods le prohibió toda intervención en el asunto.

Pero el viernes desde la mañana Coley no conoció la tranquilidad. ¿Qué irían a hacerle a la señora Cantor? El ataque estaba planeado para el atardecer, que era la hora en que la mujer regresaba a su casa luego de asistir a la sinagoga; Cantor llegaba pocos minutos después y su esposa prendía entonces las velas del Sabbath...

Mientras cumplía sus tareas de ese día, bajo las órdenes del inspector Northen como en otras oportunidades, Coley no pudo desviar su pensamiento del hogar de los Cantor y a las seis y media de la tarde, pretextando un malestar, dejó el distrito encaminándose a su casa.

Se cambió con rapidez y condujo su auto a Brooklyn, desesperando de poder persuadir a Rodríguez de no realizar su proyecto.

Detuvo el coche frente a lo de los Cantor y tuvo la seguridad de que ya había llegado tarde; seguramente, la señora Cantor ya estaba de regreso.

¿Cómo estaría? ¿Le habrían hecho daño? Debía hacer algo para ayudarlos, de modo que nada les ocurriera; pero debía ser hecho de manera tal que no tuviera necesidad de emplear la fuerza, porque una oposición abierta contra el Sindicato, en su situación, podría traerle consecuencias muy serias...

¡Si pudiera encontrar a Rodríguez y hablar con él nuevamente!

Bajó del coche y observó las inmediaciones, buscando a Rodríguez.

Apoyado contra un poste, Rodríguez lo miró llegar.

— ¡David!

La expresión de Rodríguez era de cautela.

— ¡David, si tus muchachos están en la casa, diles que salgan!

Los ojos del hombre relampaguearon en la penumbra.

— ¡Los muchachos están adentro y terminarán lo que han ido a hacer!

—David —rogó Coley—, haz que salgan o tendré que hacerlo yo,

—Camina junto a mí, que estamos llamando la atención —

advirtió Rodríguez.

Caminaron unos metros y luego añadió:

—Entrométete en esto y te mato como a un perro, Coley. He planeado todo demasiado bien como para permitir que estropees todo.

Rodríguez miró por encima del hombro de Coley y agregó:

—Allí viene Cantor.

La figura regordeta de Cantor se recortó en el momento de penetrar en su casa, y Coley lanzó un grito penetrante, que asustó a una mujer que pasaba junto a ellos, dejándola con la boca abierta; Cantor no oyó nada.

Tomando del brazo a Coley, Rodríguez dijo:

—Escúcheme, condenado estúpido...

Coley aplicó un terrible izquierdazo en el estómago de Rodríguez y cuando éste se dobló, lo golpeó con la derecha en la nuca. Rodríguez se desplomó, cayendo junto al cordón de la vereda; Coley no se preocupó por él, sino que saltó por encima de su cuerpo, cruzando la calle.

Alcanzó a ver a Cantor abriendo la puerta de calle y vio cómo lo iluminaban las luces del vestíbulo, al dar vuelta la llave; después, Cantor cerró tras de sí. Coley atravesó corriendo el trayecto hasta la puerta y la abrió en el momento en que se escuchaba un grito de pavor. Corriendo en dirección de Coley, sin poder articular palabra, Cantor alzó los brazos como un niño pidiendo socorro; detrás suyo, un hombre de cabeza maciza se acercaba a grandes pasos, esgrimiendo un revólver.

— ¡Coley! — consiguió gritar Cantor —. ¡Por favor. Coley!

El arma del hombre golpeó rudamente en la cabeza de Cantor y éste se desplomó sin sentido a los pies de Coley.

—David me envió a decirles que se vayan inmediatamente.

El hombre no oyó o no le importó; alzó el revólver, pero no alcanzó a apuntar porque Coley lo golpeó inesperadamente en pleno rostro; el individuo se tambaleó y cayó al segundo puñetazo.

Fue entonces que sonó el disparo y Coley vio al segundo pistolero, bajo y delgado, en el oscuro living de los Cantor. Coley gritó el nombre de Rodríguez, pero el arma se descargó dos veces más; entonces, echándose al suelo, Coley extrajo su 38; el cuarto disparo del hombre y el primero de Coley sonaron al unísono,

errando ambos. Sin detenerse, Coley efectuó dos disparos más y al último respondió el sonido del cuerpo del pistolero al caer.

Coley se acercó a mirarlo y comprobó que estaba muerto. Sintió un ruido en la puerta y vio huir al primer atacante, sin hacer ningún movimiento por correr tras él; con lo sucedido, ya tendría muchas explicaciones que dar.

Oyó un quejido proveniente de Cantor, quien comenzó a moverse y trató de incorporarse.

—Bessie —gritó Cantor—, ¿que le han hecho a Bessie?

Coley volvió el revólver a la pistolera y abrió la puerta del dormitorio; tambaleante, Cantor lo siguió.

La señora Cantor yacía boca arriba, maniatada y con una tira de esparadrapo sobre los labios; su respiración era agitada y tenía una herida en una mejilla.

—Vi que no estaban encendidas las velas del Sabbath, y supe que algo le sucedía —sollozó Cantor.

Coley se acercó y quitó la tela adhesiva de la boca de la señora Cantor y la tela que le sujetaba las manos.

Con una voz enronquecida, que parecía un susurro Cantor suplicó:

— ¡Por Dios, Bessie, háblame!

Lentamente, ella abrió los ojos y se llevó una mano al pecho.

—Siento un dolor terrible aquí, Joe...

— ¡Consiga un médico, rápido! —dijo Coley.

Cantor la miró, inmovilizado.

En ese instante se abrió la puerta y penetró un policía, revólver en mano.

Coley le mostró su identificación como policía.

— ¡Busque un médico, pronto! —ordenó—. ¡Es un ataque al corazón!

La explicación que Coley dio a la policía de su presencia en la casa fue perfectamente lógica.

Había ido a visitar a la señorita Mille Raft y antes de subir a su departamento pensó en saludar a los Cantor: al llegar al camino de entrada, oyó un grito de alarma y corrió al interior de la casa, justo a tiempo para ver al señor Cantor siendo atacado por un individuo. Logró golpear al hombre, pero se vio agredido a balazos por un segundo asaltante; sacó su revólver y al efectuar el segundo o tercer

disparo el agresor cayó muerto.

Según Coley era un simple caso de robo.

El médico que atendió a la señora Cantor aseguró que ésta se repondría pronto y que luego de unas seis o siete semanas estaría en condiciones de viajar a la Florida, lugar que el doctor recomendaba para que la enferma recuperara las fuerzas totalmente.

Luego de que tanto el médico como la policía se hubieron retirado, quedaron solos Cantor, Mille y Coley.

—Me siento como si hubiera quedado solo en el mundo —dijo con tristeza Cantor.

—Es mejor que no se exprese así delante de su esposa —observó Coley.

—No tengo a nadie con quien discutir...

—Discuta conmigo, si eso lo hace sentirse mejor —dijo Mille.

—Es cierto; los tengo a ustedes... a ti, Mille, y a usted, Coley, hijo mío.

—No me imaginé llegar a ser el hijo de un millonario —rio Coley.

—Coley, he decidido algo que quiero que ambos lo sepan. Mañana hablaré con mi abogado y el lunes estarán listos los papeles; desde ahora en adelante el quince por ciento de Cangro es suyo, Coley.

—¡Coley, es maravilloso! —exclamó Mille.

—Ahora el quince por ciento y cuando Coley decida ocuparse personalmente del negocio, será el veinticinco por ciento.

El corazón de Coley se sentía agobiado por el remordimiento; se sintió peor al escuchar a Cantor. Si hubiera impedido a Rodríguez llevar a cabo su plan en cuanto se enteró del mismo, nada le hubiera ocurrido a la señora Cantor.

—No puedo aceptar lo que me propone, Cantor... Habla así porque está todavía bajo el efecto de la impresión...

—No, Coley; sé bien lo que digo y así lo tengo decidido.

Coley se puso de pie y dijo:

—No me siento muy bien; voy a caminar un poco...

—Voy contigo —ofreció Mille.

—No se olvide, Coley; el lunes a la mañana vaya a mi escritorio —recordó Cantor.

Coley se marchó luego de saludar apresuradamente y tanto Mille

como Cantor quedaron bajo la sensación de que algo serio lo preocupaba.

CAPÍTULO 11

Coley contemplaba el decorado del nuevo departamento al que se había mudado, hallando algo que no concordaba entre el color de la tapicería y el de las paredes; la señora Walsh lo había amueblado, sin que Coley interviniéra en la decoración.

Sonó el teléfono y la madre de Coley atendió.

—Es Mille —dijo la señora—. Parece que algo le pasa.

Coley alzó el receptor.

— ¿Mille?

— ¡El señor Cantor ha tenido un accidente!

— ¿Qué ocurrió?

—Un auto lo llevó por delante.

— ¿Está mal herido?

—Gracias a Dios, no; varias cortaduras y cardenales, nada más, pero está muy impresionado. Ahora está en la cama, renegando con el médico.

— ¿Fue accidental, Mille?

—No lo sé, Coley. Él dice que el auto le erró por pocos centímetros... Ven en seguida, Coley; te necesito...

—Estaré allá dentro de veinte minutos.

Joe Cantor estaba sentado en un diván cuando Coley llegó a la casa.

—Si Bessie llega a saber que estoy en cama, se querrá levantar para atenderme —dijo Cantor—. No sé qué será de ella si no puedo cuidarla.

—Aquí estoy yo para eso —objetó Mille—. Y dentro de seis semanas se irán ambos a la Florida; les hace falta.

—Dentro de seis semanas puedo estar muerto y enterrado —manifestó Cantor y añadió—: Coley, no fue a la oficina, como se lo había pedido.

—Mi jefe me retuvo con una tarea especial —repuso Coley.

—Son excusas —replicó Cantor—. Pero, de todos modos, ya es mi socio con el quince por ciento momentáneamente. Firme el

contrato; lo tengo en la casa.

—Parece que está muy apurado —observó Coley.

—No sé qué puede sucederme mañana y le confieso que, por primera vez en mi vida, tengo miedo.

—Lo que le sucedió fue un accidente —dijo Coley sin convicción.

—Momentos antes de que usted llegara recibí un llamado telefónico —informó Cantor.

—El que hablaba lo hacía tan fuertemente que yo lo oía desde aquí —dijo Mille—. Le dijeron que la próxima vez el coche no erraría, sino que lo aplastaría sin lástima: ésa era la última advertencia.

—Ya ve usted, Coley lo que le quiero significar...

—Vamos a luchar contra ellos, Cantor.

—Sí, pero yo pienso en mi Bessie; temo por ella.

Coley apretó los puños y dijo:

—Buscaremos protección policial.

—No soy un bebé —dijo con disgusto Cantor—. No podría estar tranquilo sabiendo que me sigue a todas partes alguien... Cuando Bessie comience a andar le pondré un detective privado.

—Si eso es lo que desea, será como usted dice —manifestó Coley
—. Ahora tengo que despedirme, porque tengo una entrevista.

Cantor buscó unos papeles y dirigiéndose a Coley, indicó:

—Firme ambas copias.

—Hoy no estoy de humor, Cantor; créame que aceptaré su propuesta y haré lo que me diga, pero no en estos momentos. ¿Me acompañas a la puerta, Mille?

Mille lo acompañó hasta la puerta y dijo:

—Ten cuidado, Coley; no andes desprevenido. No creas que no sé adónde piensas ir ahora; te conozco bastante...

Coley rio y observó:

—Puedes imaginar mal, Mille...

—Peter Carlyle es el jefe del Sindicato de Nueva York, ¿verdad?

—Hasta pronto, Mille —respondió Coley.

Coley tocó el timbre de la gran mansión de piedra gris en que vivía Peter Carlyle.

Cuando el portero abrió, Coley vio en el vestíbulo a Henny Woods.

Woods se acercó al visitante y con el rostro frío y pétreo de siempre dijo:

— ¡No sé cómo se atreve a venir!

—No es con usted con quien quiero hablar —repuso Coley—, sino con Pete; sé que llegó esta mañana de un paseo en crucero.

—Pete no necesita la compañía de un traidor como usted. Lo que ocurrió con Cantor salió en todos los periódicos.

Coley no se molestó en responder y observó con atención el lujo y el buen gusto de la mansión de Carlyle.

— ¿Piensa comprar la casa? —preguntó con burla Woods.

—Quizá —contestó con suavidad Coley—. Nunca se puede saber lo que pasará mañana...

Carlyle apareció descendiendo la magnífica escalera de mármol y al ver a Coley no demostró rencor, ni sorpresa, pero tampoco bienvenida.

—Quiero hablar con usted, Pete.

—Sea breve, Coley —contestó Carlyle, sentándose— Me espera el barbero dentro de quince minutos.

—Bien —expresó Coley—. ¿Estuvo usted realmente de acuerdo con el plan de Rodríguez para presionar a Cantor?

Carlyle encendió un cigarrillo y respondió:

—Ante todo, Coley, usted debería haberse metido en sus propios asuntos y tendría que haber tenido en cuenta que Woods es su jefe; es él quien le da las órdenes y en ningún momento lo autorizó para proceder contra Rodríguez. Comprendo que su corazón, tan sensible, sangrara a causa de los Cantor; pero yo aprendí a no sufrir por nadie desde que mi padre murió en la calle al vender, para darnos de comer, unos cientos de gramos de más de su sangre en un hospital, por los que le dieron cinco miserables dólares...

—Con eso no ha contestado a mi pregunta, Pete.

—He decidido quebrar la resistencia de Cantor; él es el escollo principal con que el Sindicato tropieza para poder finalmente dominar el gremio del vestido.

— ¿Y si no consigue hacerlo?

—Si no lo consigo, renunciaré a mi cargo en la organización.

—Eso quiere decir que si no termina con Cantor, lo “sacarán” del Sindicato.

Carlyle le echó una mirada fría.

—Usted está hablando demasiado, Coley; ¡es hora de que se calle!

—Por ahora solamente hablaré, pero haré algo más si vuelve a ocurrir otro accidente con los Cantor.

Furioso, Woods gritó:

— ¿Se puede saber qué le interesa a usted tanto de este problema?

—Ya ha dicho demasiado, Coley; por tratarse de un policía barato se ha permitido decir muchas insolencias... Yo también quisiera saber qué le importa todo esto... —manifestó Carlyle.

—Se los diré —dijo Coley—. Soy dueño del quince por ciento de Cangro.

— ¿De esa manera le pagó Cantor por haberle salvado la vida? —preguntó Carlyle, con asombro.

—Así es, Pete. Ahora el quince por ciento y el veinticinco cuando comience a trabajar con la firma.

Carlyle quedó muy pensativo y luego expresó:

—Estando usted en la firma de Cangro, las cosas se facilitarían, Coley... Si usted renuncia a nuestro favor su veinticinco por ciento, le daré treinta y cinco mil dólares. Y no olvide que siempre tendrá un lugar en el Sindicato.

—Usted me ofrece eso para que ayude a terminar con Cantor, ¿verdad, Carlyle?

—Naturalmente, Coley. Ya le he dicho que hay que hacerlo.

—No voy a hacerlo, Pete.

La habitación adquirió inmediatamente un ambiente hostil.

—No me gusta su modo de hablar, Coley.

—Al venir, mi intención fue decirle que dejaran en paz a Cantor definitivamente.

—Parece que sus palabras sugieren una amenaza, Coley.

Con indignación, Woods exclamó:

— ¡Ya estoy cansado de oír a Coley, Pete!

El rostro de Carlyle estaba blanco de ira.

—Nos obligará a hacer algo desagradable, Coley. Terminará en el fondo del océano, atado a un bloque de cemento, y le advierto que no estoy bromeando.

Con la determinación pintada en el semblante, Coley repuso:

—Voy a tratar de que eso no ocurra, Pete. Antes haré algo

porque sea usted y no yo quien tenga ese fin.

Coley se puso de pie.

— ¿Vas a dejarlo marchar, Pete? ¡Sabe demasiado! —rugió Woods.

Con una sonrisa helada, Carlyle respondió:

—No sabe nada que no lo hunda a él al mismo tiempo que a nosotros... No se atreverá... Déjalo marchar.

Coley salió y el portero cerró la puerta detrás suyo.

Sabía que había dejado de pertenecer al Sindicato y se preguntó si estaría loco al abandonar su paga por una causa que podría llegar a costarle la vida.

CAPÍTULO 12

En la casa de Cantor se celebró una reunión entre los principales dueños de comercios de confecciones. Todos eran importantes fabricantes del vestido, poseyendo los mayores emporios de la ciudad. Fue a instancias de Coley que Cantor convocó a una reunión; los miembros principales se hicieron presentes y luego de largas conversaciones que insumieron cerca de dos horas, Coley comprendió que nadie se atrevería a integrar un frente común para luchar contra las pretensiones del Sindicato.

Todos los asistentes conocían la existencia de la organización, pero, aun sabiendo que el Sindicato proyectaba dominar completamente el ramo, ninguno de ellos se atrevía a oponer una resistencia abierta.

No fue posible concretar nada, porque hasta en los propios patronos se hacía sentir la influencia nefasta del Sindicato; uno de ellos llegó a reconocer que había recibido llamadas telefónicas amenazantes, previniéndole de tomar cualquier iniciativa que coartara la acción del Sindicato. Otro de los miembros fue amenazado en la vida de su mujer y sus hijos.

Eran prevenidos de no efectuar denuncias a las autoridades porque, en ese caso, se tomarían represalias drásticas...

El fracaso de la reunión fue total y Cantor y Coley comprendieron que estaban solos para luchar.

Al día siguiente, cuando Joe Cantor penetró en su oficina, todavía a oscuras, dos hombres se desprendieron de las sombras.

—No queremos hacerle daño —dijo uno de ellos, apoyando el caño de un revólver en la espalda de Cantor—. Cierre la alarma del escritorio y proceda como todas las mañanas; haga algún llamado, si tenía que hacerlo a esta hora. Lo vigilaremos.

Cantor obró como se le ordenaba y el más alto de los hombres ordenó:

—Sabemos que esta noche hay un desfile de modelos a beneficio en el Waldorf Astoria, Cantor. Muéstrenos los modelos que piensa

exhibir.

—Tengo unos dólares en la caja fuerte, muchachos; se los daré, pero no toquen esos modelos.

—Llévenos donde están los vestidos, Cantor.

— ¡Les pagaré bien, pero no les hagan nada!

—Abra la puerta que comunica con el salón exposición, Cantor.

— ¡No! —gritó Cantor.

Uno de los hombres abrió las puertas que comunicaban la oficina con los salones y en uno de ellos vio extendidos sobre los sillones varios espléndidos vestidos.

— ¿Son éstos? —preguntó.

— ¡Les daré mil dólares, dos mil dólares! — rogó Cantor —.

Tenemos que estar representados; es un desfile para beneficio...

El hombre alto lo ignoró y comenzó a quitarle el papel a un paquete que traía en la mano; quedó al descubierto un envase de metal.

— ¡No, por favor! — exclamó Cantor, desesperado —. ¡Asesinos! ¡Policía!

Aplicó un golpe al recipiente y éste se derramó en parte sobre la alfombra. Uno de los hombres se volvió hacia Cantor y lo golpeó con la culata del revólver; el dueño de Cangro cayó al suelo sin sentido.

Cuando las tinieblas comenzaron a aclararse y comenzó a recuperar la conciencia, Cantor escuchó voces y vio una luz.

— ¿Qué ocurrió, Joseph? —preguntó la voz familiar del gerente, Hershel.

— ¿Qué ocurrió? —repitió Cantor, todavía mareado.

De pronto, el olor acre que provenía de la alfombra despertó la memoria de Cantor.

— ¡Los vestidos! —gritó—. ¿Dónde están los vestidos?

Se puso de pie tambaleante y Hershel y los demás empleados lo siguieron; el rostro de Cantor estaba de color ceniza.

Ante los ojos de Cantor aparecieron los vestidos... Estaban totalmente quemados... El ácido corrosivo había dado cuenta de ellos. Se había perdido el trabajo de largas horas de cuidadosos diseños y retoques, consagrado a perfeccionar la colección que representaría a Cangro en el importante desfile.

Con los dientes apretados para contener la indignación y el

desaliento, Cantor volvió lentamente a su escritorio y se sentó en su sillón con la expresión de un hombre vencido...

CAPÍTULO 13

— ¿Qué harán la próxima vez, Coley? —dijo con pena Mille.

Coley medía a grandes pasos el pequeño departamento de Mille.

— ¿No podemos hacer nada para cortarle las alas a Carlyle, Coley? —Continuó Mille—. Si no pudiera apropiarse del ramo del vestido, perdería su puesto, ¿verdad?

—Lograr eso es un sueño, Mille.

—Tú puedes hacer algo, Coley... Podrías terminar con Carlyle si te atrevieras a dar a la policía una nómina de los establecimientos de juego que el Sindicato sostiene...

—He querido que los grandes fabricantes se unieran para luchar por sus derechos legítimos, Mille —respondió Coley—. Eso era todo lo que podía hacer para combatir a Carlyle; otra actitud puede ser un grave error.

Había dureza en el tono de Mille al decir:

—Es un asunto de principio lo que te preocupa, Coley, ¿o se trata de temor personal? Si haces llegar al Departamento de Policía una lista de esos establecimientos de juego, le asestarás a Carlyle un golpe mortal, que puede obligar a su jefe a sacarlo del Sindicato de Nueva York. Lo que ocurre es que tienes miedo de verte complicado y de perder tu empleo en el Departamento.

—No dices la verdad y lo sabes, Mille. Si yo me hubiera enterado de las actividades de Carlyle de una manera circunstancial o a través de un tercero, las cosas serían diferentes; lo denunciaría sin vacilar. Pero no olvides que he trabajado para él y que él confiaba en mí...

—Carlyle nunca confía en nadie y sabe que si no lo denuncias es porque tú mismo estás metido hasta el cuello en sus asuntos... Tienes que hacer algo para detenerlo, Coley. Tú conoces todas las actividades del Sindicato y también las conexiones políticas a las que Carlyle podría acudir; tienes armas para oponerle. Has hecho peores cosas en tu vida que denunciar a un canalla, Coley...

—No me vanaglorio de lo malo que he hecho...

— ¿Entonces por qué no ayudas a Cantor? Tienes la moral de todos los pícaros, Coley, y te atienes a ese código que no te permite luchar contra ex compañeros de fechorías...

— ¡No hables más así, Mille!

Mille se aproximó a Coley y lo miró fijamente:

— ¿Cómo puedes continuar insensible, dejando que el pobre Cantor, que tanto te quiere, sufra del modo que lo está haciendo, viendo amenazada su vida y la de su esposa?... Son gente ya vieja, Coley; ¿no les tienes lástima?

Sufriendo todas las torturas imaginables, Coley respondió:

—Está bien, Mille. Me has convencido. Haré algo, pero deja que me acostumbre a la idea de una decisión tan seria, ¿quieres?

— ¿De manera que ese soplón le dio estas cuatro direcciones? — preguntó a Coley el inspector Northen.

—Aseguró por teléfono que correspondían a cuatro grandes empresas de un sindicato, donde se realizan actividades ilícitas — respondió Coley, sintiendo los labios secos.

El inspector contrajo las cejas.

—¿No le dijo quien dirigía ese sindicato?

—No, señor; sólo me dio las direcciones y yo las anoté.

Los sagaces ojos de Northen observaron con interés a Coley.

— ¿Por qué no dio parte a su inmediato superior, en este caso al capitán Wentigrid?

—El capitán está de franco hoy y pensé que tal vez esas direcciones no pudieran esperar... Por ejemplo, la primera corresponde a una gran reunión de juego que se efectuará en esa casa, pero que todas las noches se realiza en distintos lugares... Tal vez mañana ya no sería posible sorprenderlos.

—De todos modos, quizá al capitán no le guste que no se lo haya comunicado antes que a nadie.

Coley apretó los puños; no podía decir que la respuesta de su capitán sería: “No se entrometa, Walsh, que podríamos quemarnos nosotros también.”

—Lo siento —contestó al inspector—. Me excité mucho cuando me dio las direcciones y creí que debía verlo a usted inmediatamente, ya que está a cargo de la división. Pero, si lo prefiere, le haré la lista al capitán cuando regrese pasado mañana.

—No se puede esperar tanto tiempo... ¿Ese soplón ha trabajado

antes con nosotros?

—No, solamente para mí y de tanto en tanto. En cierta oportunidad le hice un favor tratando de que el juez Kinder no le aplicara un arresto y salió libre pagando una multa. Desde entonces se ha mostrado muy agradecido.

El inspector gruñó:

— ¿Por cuánto dinero se ha mostrado agradecido? Usted sabe que pagar a esos soplones está contra los reglamentos... Parece increíble la forma en que esa gente consigue informaciones. Usted sabe que ese hombre, como quiera que se llame, está arriesgando la vida si es un conocido de la organización o del jefe que dirige ese sindicato.

—Creo que el hombre no lo ignora —repuso Coley, encogiéndose de hombros.

—No obstante lo cual, se lo cuenta a usted... En fin, eso no nos interesa. Quiero que usted forme parte del raid, Walsh; ya que es usted quien consiguió la lista, es justo que participe de la aventura. Usted y Fields vendrán con nosotros, pero no quiero que nadie se entere de cuál es el lugar a dónde nos encaminamos; no podemos arriesgarnos a que esto trascienda...

CAPÍTULO 14

Coley descolgó su impermeable del perchero y se lo puso.

Sentada en un diván, su madre leía los periódicos de la tarde.

—Quisiera que no tuvieras que salir con este tiempo, Coley — dijo.

—Es un deber especial, mamá; cuando el inspector ordena, hay que obedecer.

Antes de salir, Coley echó una mirada de reojo a los diarios; unos grandes titulares decían: *Es descubierta una cadena de establecimientos de juego. Hay 53 detenidos.*

Detrás, Coley escuchó la voz de su madre diciendo:

—La próxima vez que un periodista te retrate, no salgas tan serio, Coley.

Debajo de los titulares se veía una fotografía de Coley, que llevaba una máquina de calcular hasta un camión policial. El raid había sido exitoso; habían arrestado a cincuenta y tres personas, entre ellas Henny Woods. Los aparatos de juego y los muebles habían sido hechos pedazos por la policía y las máquinas de escribir y de calcular llevadas a la estación policial correspondiente a la zona.

Coley pensó que a Carlyle no le daría ninguna alegría verlo retratarlo allí. Éste pensó que a Carlyle sólo le sería posible manejar; pero, si el Sindicato en pleno se quería vengar de él, tendría un gran dolor de cabeza; lo único que detendría al Sindicato era la idea de que si mataban a Coley se echarían encima a los veinticinco mil policías de Nueva York...

Pero...

Coley salió a la calle y subió a su coche; por el espejo vio la calle desierta al doblar la esquina y cuando ya se halló sobre la recta, sacó un atado de cigarrillos y encendió uno; al volver a mirar el espejo vio un Chrysler negro detrás de su auto.

Pareció que unos dedos helados tocaran su columna y Coley quedó paralizado; el foco de la siguiente esquina iluminó

momentáneamente el rostro del conductor y Coley reconoció a Henny Woods.

Dejando caer su cigarrillo, Coley se inclinó sobre el volante y pasó de largo la luz roja; el Chrysler se hallaba casi a uno de sus costados. Coley sacó el 38 y fue entonces que apareció el ómnibus, como surgido de la nada...

Haciendo una brusca maniobra, Coley giró el volante para evitar el choque y su coche se subió a la vereda; un terrible ruido de vidrios rotos y de madera quebrada sonó en sus oídos y el volante golpeó con fuerza brutal sobre su pecho. Coley lanzó un gemido y sintió la sensación de estar nadando en un río de agua caliente.

El dolor fue terrible y alcanzó a oír un extraño sonido, parecido a un aullido de sirena policial a la distancia; después se sumergió en la inconsciencia.

Coley despertó bruscamente, como si una mano gigantesca lo hubiera trasladado de la oscuridad a la luz; tenía la cabeza pesada y sentía una tirantez en el pecho. Una sombra se inclinó sobre él.

Poco a poco recordó el accidente y el olor inconfundible a desinfectante le aclaró que se encontraba en un hospital.

El rostro de una enfermera se hizo visible.

— ¿Qué le ocurre, señor Walsh?

—No he llamado —murmuró Coley.

—Se estaba quejando.

—Esta cosa que tengo sobre el pecho está tan ajustada que no puedo respirar.

—Es la tela adhesiva; tiene fracturadas tres costillas.

—Me duele el pecho y la cabeza.

—El doctor llegará dentro de un rato y le recetará algo para calmarlo.

— ¿Necesita una receta del médico para darme una aspirina?

Sin responder a su pregunta, la enfermera le anunció.

—Tiene algunos visitantes, señor Walsh. Su madre y dos señores están esperando afuera.

—Dígale a mi madre que pase.

Minutos más tarde, la madre de Coley se detenía ante el lecho.

— ¿Cómo estás, hijo? ¿Cómo te sientes?

—Bien, mamá; dentro de un par de días estaré perfectamente bien.

—Te advertí que no necesitabas un auto, Coley.

—Es cierto; lo dijiste, mamá... No dejes de ocuparte de que Billy vuelva al hospital el lunes que viene, mamá.

La conversación languideció inmediatamente y la señora Walsh se retiró poco después.

Coley cerró los ojos y cuando los volvió a abrir vio dos hombres frente a él; no necesitó ver la identificación de ninguno de ellos para comprender que eran detectives.

Luego de presentarse, uno de ellos comenzó a interrogar a Coley con respecto a su coche.

—Su auto es un Cadillac convertible último modelo, Walsh; es un coche muy caro para ser de propiedad de un policía.

—Fué una oportunidad; lo compré en dos mil quinientos dólares, con dinero que le pedí prestado a mi madre.

—¿También pidió prestado el fajo de billetes que encontramos en el auto?

Coley sintió un sudor frío empaparle la frente y las manos.

—¿De qué dinero están hablando?

—De los dos mil ochocientos sesenta dólares que estaban entre su ropa. ¿Cómo puede explicar eso?

—Yo sólo llevaba encima unos sesenta dólares —musitó Coley.

—Algún ángel se lo dejó de premio, entonces.

Coley se pasó una mano por los labios resecos.

—No puedo explicarlo —dijo—. Por otra parte, no me creerían si insistiera en que el dinero no es mío.

—De tanto en tanto aparece en la policía un individuo como usted, que deshonra la profesión —repuso uno de los detectives.

—No es lo que ustedes piensan —exclamó Coley.

—No, naturalmente —replicó uno de ellos—. Pero, no bien nos vemos libres de un caso, tenemos que encontrar otro parecido... Ahora es usted el que corrompe la moral de toda una división ...

—¡Enfermera! —llamó Coley.

—No hace falta que busque protección —observó un detective

—. No bien esté algo mejor comenzaremos a interrogarlo, Walsh.

Antes de irse, uno de los hombres dejó unas llaves sobre la mesa de noche.

—Son tuyas —dijo, con una sonrisa.

Cuando apareció la enfermera y los detectives se fueron, Coley

pidió:

—Deme esas llaves, por favor.

La llave de su caja fuerte del Banco no estaba con las demás...

Como una avalancha ineludible le llegó a Coley el convencimiento de que estaba perdido; todo se sabría ahora, desde sus propias actividades en su distrito y con el Sindicato, hasta la implicación de Wentigrid y Field en las coimas que recibían de los pasadores, casas de juego, bares, etc.

Tenía que hacer algo para poner en conocimiento del capitán lo que se avecinaba y para que tratara de ayudarlo a librarse de ser interrogado, porque Coley no ignoraba que había muchos métodos para hacerle confesar la verdad.

Tenía que ver a Wentigrid o ponerse en comunicación con él.

Coley se incorporó trabajosamente en la cama y haciendo esfuerzos inauditos consiguió pararse; la habitación danzaba ante sus ojos y tardó varios minutos en reponerse.

En ese momento entró Mille en el cuarto y lanzó una exclamación al verlo levantado.

—Me alegro que hayas venido, Mille... Tienes que ayudarme.

— ¡Coley, debes acostarte inmediatamente!

—No puedo hacerlo... Tengo que hablar con el capitán Wentigrid; esto decidirá mi destino, Mille. Si no obro con rapidez perderé definitivamente mi puesto en el Departamento.

Mille lo ayudó a llegar hasta la cabina telefónica y Coley se puso en comunicación con el capitán. Le dio los pormenores de la conversación con los detectives del Departamento Central y le advirtió que se habían llevado la llave de su caja fuerte.

—Tengo diez mil dólares en el Banco, capitán; eso no lo podré explicar. ¡Necesito que me ayude!

— ¡Ha sido un estúpido, Walsh!

—Sé que me interrogarán, capitán... No sé cuánto tiempo podré callar la verdad...

La voz del capitán sonaba cansada.

—Me pregunto qué irá a suceder conmigo... —murmuró.

—Hay que resolver algo, capitán. Voy para allá en seguida, para que conversemos sobre lo que aún se pueda hacer...

Coley cortó la comunicación, sintiendo un dolor terrible en el pecho; se puso pálido y Mille lo sostuvo, para evitar que cayera.

—Tienes que ayudarme a vestirme y a buscar un taxi, Mille... Es inútil que te opongas, porque se está jugando mi porvenir... Y hay que hacerlo sin que lo noten en el hospital.

CAPÍTULO 15

—Supuse que tarde o temprano ocurriría algo así, Walsh — dijo con cansancio Wentigrid—. Había metido sus manos en muchas cosas a la vez y algo tenía que fallar; ahora nada puedo hacer.

—Yo también esperaba algo parecido —observó Fields—. No es nada personal en contra tuyo, Coley, pero con tu conducta irresponsable nos has puesto en un aprieto terrible al capitán y a mí.

—Estoy a punto de jubilarme —manifestó con tristeza Wentigrid—. No sería extraño que si comienzan a indagar me retiraran la pensión.

—También yo quedaré en la calle —dijo Fields.

Coley se sentía desfallecer.

— ¿No se puede hacer nada, capitán? ¿No se puede detener el interrogatorio?

—Sólo el Jefe de Policía podría hacerlo, Walsh.

— ¿Y si llamara a algún político de influencia? Usted conoce a varios, ¿no es así?

Mirando fijamente a Coley, Wentigrid contestó:

—Ya he tocado todos los contactos e influencias posibles, Walsh; no hay nada más que hacer.

Coley quedó completamente anonadado.

—¿De modo que no hay alternativa?

—Ninguna, Walsh... Está suspendido hasta nueva orden, por decisión del inspector Northern.

—Aún existe una posibilidad, Coley... —dijo Fields.

— ¿Cuál?

—Renuncia... Si presentas tu dimisión, la investigación no nos comprometerá al capitán ni a mí... si es que tenemos suerte.

Coley se sintió como suspendido en el aire.

—No se engañe, Fields —replicó con decaimiento Wentigrid—. Están muy cerca nuestro y no piense que seguirán de largo.

—Es la única posibilidad —repuso Fields.

Coley se pasó los nudillos por los ojos, ardientes por la fiebre.

—Redacte una renuncia, capitán —pidió Coley—. La firmaré ahora mismo... Mi madre les entregará las armas que conservó en casa y que pertenecen al Departamento...

Trabajosamente se puso de pie y rehusó la ayuda de Fields para llegar a la calle.

—Desearías matarme, ¿verdad, Ben?

—Si eso nos sirviera de algo, Coley...

Cuando llegó abajo, el sargento que atendía la mesa de entradas lo llamó; Coley no se dio vuelta. Ese lugar ya no era su segundo hogar y los hombres tampoco eran sus compañeros; ésa era la última vez que pisaba ese recinto.

Afuera, Mille lo tomó del brazo.

CAPÍTULO 16

Desde hacía tres días, Coley estaba de regreso en su casa; luego de quitarle las telas adhesivas, el médico le había dicho que tenía que descansar por lo menos una semana más.

Envuelto en una bata de seda, Coley saludó al llegar a Mille y a Joe Cantor.

Cantor tenía el aspecto de una persona cansada y abatida. Coley sirvió whisky y al beber la mano de Cantor temblaba.

—Siguen insistiendo, ¿verdad, Cantor? —preguntó Coley con suavidad.

—Desde ayer ya no me molestan más; no más ácido, no más camiones chocados, no más llamadas telefónicas a las cuatro de la mañana... ¿No son personas encantadoras?

— ¿Qué quiere decir eso? — preguntó con desconfianza Coley—. Mille dime: ¿se ha decidido a vender el negocio?

Mirando con compasión a Cantor, Mille expresó:

— ¿Qué más podía hacer? Hasta el acero se quebraría en un caso así.

A Coley lo invadió una profunda amargura.

—No tiene que afligirse por mi quince por ciento, Cantor —dijo.

— ¡Oh! Si vendo le daré la parte que le corresponde, se lo aseguro. Mañana irá a mi oficina el señor Carlyle; ya no se oculta en el anonimato, sino que ha salido a la luz del día.

—Eso no es nada —informó Mille—. Ha tenido la sangre fría de invitarme a salir con él... ¿Qué te parece, Coley, si acepto y lo convenzo para que se interne en un camino oscuro y allí le doy unos balazos? Luego tú me ayudas a enterrarlo y...

—Es un plan muy poco efectivo —dijo Coley, con una sonrisa desvaída—. Yo también podría planear muchas cosas... Raptarlo y obligarlo a firmar una confesión, por ejemplo... Pero no sería válida ante ningún tribunal, porque él podría alegar que le fue arrancada por la fuerza.

—No se puede hacer nada, ahora —suspiró Cantor.

Coley quedó pensativo. Luego rompió el silencio y dijo:

— ¿Y si mañana cuando vaya a verlo a la oficina, Cantor, usted coloca un grabador en el escritorio y se las ingenia de modo que Carlyle haga alguna manifestación clara sobre el Sindicato? Puede decirle que a último momento no está seguro de querer vender; eso sacará de sus casillas a Carlyle, estoy seguro. Luego, mostrándose indignado, usted puede acusarlo de los trajes quemados, los camiones atropellados, etc. Seguramente que el hombre algo dirá que pueda ser utilizado en contra suya.

Sin aliento, Mille dijo:

— ¡Podría resultar, Coley!

El gesto de Cantor mostraba su incredulidad.

—No soy actor —manifestó Cantor—. No podría hacerlo.

—Es algo casi seguro —objetó Coley.

—Pero no para mí... Es mejor que me resigne a lo que es ineludible... Ya tenemos pruebas de lo que ha pasado; si no, recuerden lo que le sucedió a Bessie y ahora a Coley...

—No se preocupe por mí —expresó Coley—. Puedo arreglármelas solo.

—Por sus vendajes —repuso Cantor—, ya veo como puede arreglárselas solo.

Mille, con los ojos brillantes, le dijo a Coley:

—Dime, Coley: esos grabadores vienen también en tamaño de bolsillo, ¿verdad?

—Sí.

—Peter me quiere mucho y conmigo no está prevenido.

—No, Mille.

—Puedo hacerlo, Coley.

— ¡No!

Con determinación increíble, Mille repuso:

—Con tu ayuda o sin ella, Coley, voy a tratar de atrapar a Carlyle. Tengo que intentarlo en beneficio de todos nosotros...

Coley se puso de pie y se paseó por la habitación.

—No comprendes a lo que te arriesgas... ¿Qué explicación le darás si aceptas una invitación de él, luego de tanto tiempo?

Mille respondió con una sonrisa:

—Tuvimos una pelea y te dejé... Me siento solitaria y deseo su compañía... Lo creerá, Coley, porque está enamorado de mí.

Una punzada de celos agitó a Coley.

—No me interesa... No creo que resulte e inclusive no sé si una corte aceptará como testimonio una grabación...

—Hay una posibilidad y lo haré, Coley —replicó con firmeza Mille.

Intercambiaron una mirada y, finalmente, Coley dijo:

—Está bien; tú ganas...

CAPÍTULO 17

Un portero gigantesco, con uniforme de cosaco, abrió la puerta del automóvil de Carlyle y Mille descendió. Estaba muy elegante y debajo del brazo llevaba una cartera a tono con el traje; a su lado, Carlyle parecía un distinguido caballero, cortés y atento con su acompañante. Al bajar del auto encargó a Hanny Woods, que estaba sentado junto al chofer, que estacionara cerca del restaurante y esperara su regreso. Los ojos desconfiados de Woods no perdieron de vista a Mille hasta que penetró en el establecimiento.

Siguiendo las instrucciones de Coley, Mille fue hasta el guardarropas de señoritas y, cerciorándose de que nadie la veía, puso en funcionamiento el grabador; luego salió y se encaminó a la mesa en que Carlyle la esperaba.

Desde ese momento se sucedieron interminables momentos de zozobra para Mille. En varias oportunidades intentó llevar la conversación a tópicos que eran de su interés, pero Carlyle se mostró reacio a contestarle.

— ¿De modo que peleaste con Walsh, Mille?

Poniendo cara de preocupación, Mille respondió:

—Así es, Peter... Coley me ha desilusionado mucho... ¿Sabes que ni siquiera ha logrado conseguir un empleo?

Carlyle sonrió, sintiendo que lo invadía una nueva confianza.

—Un buen empleo, sería una cosa diferente... No es por offenderte, Mille, pero es lógico que una chica piense que no debe casarse con un individuo que no tiene con qué vivir... Actualmente estoy haciendo mucho dinero.

Mille rio.

—Si las bases fundamentales del matrimonio radican en el dinero, creo que sería una buena idea que me casara con tu jefe, Peter.

—No te gustaría Duke Regan —sonrió Carlyle—. Es demasiado gordo, demasiado frío y calculador y demasiado viejo...

—Pero tiene mucho dinero...

Un violinista gitano se acercó con su instrumento a la mesa

—Así es —respondió Carlyle—. Tiene mucho dinero, pero algún día ese dinero comenzará a venir en dirección mía.

— ¿Tienen ascensos en tu organización como en otros empleos, Peter?

—El hombre que tenga los individuos más fuertes respaldándolo tiene todas las probabilidades de llegar a la cumbre —respondió Carlyle. Hizo una corta pausa y añadió—: No puedo hablar de eso... pero, estaré en la cumbre antes de lo que muchos creen.

Mille alzó la copa y expresó:

—Entonces, brindemos por tu éxito.

Chocaron los vasos y él dijo:

—Por mis planes, Mille... Si aguardas dos meses, te casarás con uno de los tres hombres más importantes del país.

El violinista se encaminó hacia otro lado del salón.

— ¿Te casarás conmigo dentro de dos meses, Mille?

— ¿No me puedes dar tiempo de pensarla?

Carlyle lanzó una carcajada.

—Naturalmente... Veinticuatro horas; es lo más que puedo esperar... Viviremos espléndidamente, Mille; tendremos todo el dinero que puedas desear.

—Me imagino que tus muchachos tendrán mil maneras de hacer plata, Peter...

—Todos somos personas de negocios, que sabemos hacer buenas inversiones.

—Vamos, Peter —repuso Mille con una sonrisa brillante—. Tú eres muy astuto como para limitarte a comprar y vender o hacer inversiones de dinero en acciones, y cosas por el estilo...

Hubo una mirada de alerta en los ojos de Carlyle y Mille comprendió que era mejor dejar el tema; no podía levantar sospechas en el hombre o todo estaría perdido.

—Es mejor que no hablemos de negocios, Mille... Pensemos mejor en nuestro futuro.

En distintas oportunidades hizo Mille alguna alusión, que provocara una confidencia de parte de Carlyle, pero en cierto momento, algo extrañado por su insistencia, éste observó:

—Creo que estás algo rara, Mille... ¿Qué te ocurre?

— ¿Rara?... Puede que tengas razón, Peter, debo confesarte que

el vino me ha mareado un poco.

Carlyle la miró y luego se rio entre dientes.

—Ya me parecía... Estaba comenzando a pensar cosas extrañas... Si no estás bien, es mejor que nos vayamos, Mille.

Llamó al mozo y abonó la cuenta.

En su desesperación por no haber podido conseguir su propósito, Mille se sentía verdaderamente mal; trastabilló al levantarse de la mesa.

Carlyle la sostuvo y expresó:

—No hay duda de que no debes tomar nunca, querida.

Se encaminaron a la salida y entonces sucedió el desastre.

Un hombre alto y pesado, evidentemente con muchas copas encima, tropezó con Mille, y la cartera de la muchacha cayó al suelo, mostrando todo su contenido. Carlyle empujó fuertemente al hombre, que cayó tambaleándose sobre una mesa; luego se volvió a Mille, preguntando:

— ¿Estás bien, Mille?

Ésta asintió, con la muerte en el alma, y Carlyle se agachó a levantar la cartera.

Ni un músculo de su cara traicionó sus sentimientos.

El gerente del establecimiento se acercó para disculparse de la torpeza del ebrio y Carlyle respondió:

—No tiene importancia, Boris... Sírvale al hombre una botella de vino y la carga a mi cuenta. Buenas noches... Vamos, querida.

Mille caminó junto a él por el pasillo que llevaba a la puerta y, con voz apenas audible, pidió:

—Dame mi cartera, por favor.

El tono suave de Carlyle no ocultaba la ciega ira que lo invadía.

—Tendría que haberlo imaginado... Conscientemente no quería aceptarlo, pero tenía una reserva mental... Conversaremos de esto en mi casa, Mille.

Una voz que trajo un estremecimiento de alivio dijo a espaldas de Carlyle:

—Podemos conversarlo aquí mismo.

Carlyle se detuvo, asombrado, al tiempo que Coley le quitaba la cartera de las manos.

—No vaya a comenzar ninguna pelea aquí, Carlyle. No es conveniente.

La gente que pasaba por la calle los contemplaba un segundo y luego seguía de largo.

—Entrégüeme la cartera —dijo Carlyle roncamente.

—Se la daré, luego de que hagamos un trato —repuso Coley.

—Lo mataré por lo que ha hecho —replicó con fiereza Carlyle.

Coley tomó una mano de Mille, para infundirle valor.

—No lo hará aquí, Carlyle, porque esta grabación iría a parar a manos de la policía. Venga por este lado, que hablaremos.

Coley los condujo a las cercanías del guardarropas de hombres y allí palpó de armas con rapidez a Carlyle.

— ¿Qué dijo que lo ha asustado tanto, Peter?

Coley no vio el gesto que con la cabeza hizo Mille, para hacerle entender que había fracasado miserablemente.

—Deme la grabación y olvidaré todo esto —dijo Carlyle.

—Dáselo, Coley; no nos servirá de nada —dijo Mille.

Coley frunció el ceño y repuso:

—Se muestra demasiado ansioso por tenerlo...

Carlyle se mordió con desesperación el labio inferior.

—Lo reintegraré a su puesto en la organización, Coley.

—A cambio de la grabación —expresó Coley incidentalmente.

—Naturalmente; a usted no puede interesarle retenerlo...

—No estoy tan seguro, Peter...

—Le daré cinco mil dólares por esa cinta grabada, Coley.

—No los necesito.

—Diez mil, Coley, y mi promesa de olvidar todo lo sucedido.

Con los ojos agrandados por el asombro, Coley manifestó:

— ¿Todo eso por una grabación que no tiene importancia?...

Quiero que comprenda que esto que hago no es chantaje, Peter; necesito hacer un trato con usted. Quiero que deje en paz a Cantor para siempre. Eso es todo.

Con ojos en los que se pintaba la agonía, Carlyle respondió:

— ¿Eso quiere? Usted no sabe lo que pide... Deme una cifra cualquiera, dígame qué precio...

—Ya le he dicho el precio.

Carlyle se pasó un pañuelo por su cara transpirada.

—Si le digo que no tocaré a Cantor, ¿me dará la grabación?

Coley lo miró y respondió:

— ¿Cree que soy idiota? La pondré a resguardo, donde usted ni

nadie pueda jamás encontrarla. Después de un año o más, cuando esté seguro de que nada le ocurrirá a Cantor, recién se la entregaré.

Apretando los puños, Carlyle replicó:

—Si usted lo quisiera, en una hora podría hacer una docena de duplicados y yo tendría toda la vida ese temor.

— ¿Cree que las vendería en una esquina como si fueran periódicos?... Debe aceptar mi palabra de que cuando le entregue la cinta grabada será la única que exista, Peter.

—No puedo arriesgarme.

—Está bien. Peter; hasta pronto.

Carlyle lo tomó por un brazo.

—Si algo me ocurre todos van a sufrir las consecuencias; usted, Mille, los Cantor... Me vengaré de una u otra manera. Los mataré a usted y a Mille...

—Sus amenazas me recuerdan una mala película de pistoleros, Peter —repuso Coley.

—Le doy un segundo más para pensar, Coley.

—Esta noche entregaré la cinta a la policía, luego de enterarme por qué motivo está aterrorizado... Espero que sea algo tan importante como para que se le eche encima el F.B.I.

Carlyle retrocedió dos pasos y girando rápidamente, echó a correr por el pasillo, ganando la salida.

—Tenemos que salir antes de que Carlyle regrese con los dos compinches que tiene en el auto —dijo con nerviosidad Coley—. Sígueme, querida.

Producido enorme confusión por donde iban pasando, Coley y Mille ganaron la cocina del restaurante y por una puerta posterior salieron a una callejuela. Corriendo por ella, llegaron hasta la esquina; asomándose con precaución, Coley vio a Carlyle, Woods y el chofer entrando al restaurante. Sabía que pocos segundos después estarían en la callejuela.

Estaba por decir a Mille que cruzara corriendo la calle hasta el auto que había alquilado, cuando vio aparecer a Woods en la puerta del restaurante, quedándose el hombre allí, de vigilante.

—Escucha, Mille. Hay mucha gente caminando por la vereda; mézclate con los transeúntes y sube a un Dodge convertible modelo cincuenta y cinco azul y gris, que puedes ver desde aquí. Toma las llaves... Abre la portezuela y quédate adentro; en unos segundos

más yo te seguiré.

Con los labios apretados, Mille tomó las llaves y caminó entre la multitud; Woods ni siquiera miraba en esa dirección y la chica llegó a salvo al coche.

Cuando Coley se disponía a su vez a valerse de la misma estratagema, oyó ruidos detrás suyo y volviéndose vio la figura de Carlyle y del chofer que se lanzaban en su persecución; sin vacilar más, se lanzó a la calle a la carrera y entró en el coche, cuya portezuela Mille mantenía abierta. Puso el motor en marcha y consiguió arrancar; detrás suyo corrían Carlyle y el chofer, quienes se vieron entorpecidos en su persecución por un camión que pasaba.

Coley se alejó en el auto y al llegar a la esquina alcanzó a ver a Woods, Carlyle y al chofer subiendo al auto del segundo.

Así comenzó una veloz persecución.

CAPÍTULO 18

Era cerca dé medianoche cuando, habiendo perdido de vista el coche de Carlyle, Coley detuvo el Dodge en un camino polvoriento.

—Es necesario que hagas un esfuerzo de memoria y me relates lo que conversaste con Carlyle, Mille.

—No puedo explicarme qué pudo haber dicho, Coley; todos los intentos que hice para que hablara del Sindicato fracasaron.

—Si no recuerdas, no queda más remedio que poner el grabador. Eso nos hará perder mucho tiempo, pero hay que hacerlo.

Conectaron el grabador, un aparato perfecto en su especie, que naturalmente, funcionaba a pila de una duración de hora y media.

Desde que Mille saliera del guardarropa, hasta que la cartera cayera al suelo, oyeron todo lo conversado y también la música del violinista, que en cierto momento no permitió escuchar la conversación. Cuando la cinta hubo terminado, Coley y Mille se quedaron mirándose.

—No comprendo —dijo Coley—. No hay nada que pueda desesperarlo tanto.

—Eso es lo que yo te decía —repuso Mille.

Coley continuó pensando y luego exclamó:

— ¡Mille! ¿Qué te decía Carlyle mientras el violinista tocaba? ¡Tienes que tratar de recordar!

—Pues... Quería que Peter hablara de dinero y él... Ahora recuerdo. Dijo que Regan era viejo y gordo.

—Esa no es una ofensa tan grande.

—También dijo que Regan era calculador... Yo dije que Regan debía tener mucho dinero y él respondió que algún día ese dinero iría en dirección a sus manos...

—Continúa.

—Agregó que estaría en la cumbre antes de lo que muchos creían.

— ¿Qué más?

—Brindamos y él me dijo que dentro de dos meses estaría

casada con uno de los tres hombres más importantes del país.

— ¿Y entonces?

—Eso es todo, Coley... No recuerdo más.

Coley besó a Mille.

— ¡Eres una maravilla! —exclamó—. ¿No comprendes que Carlyle puso la soga en su cuello? Es evidente que trama algo para desplazar a Regan. ¡Por eso tenía tanto miedo!

CAPÍTULO 19

Eran las dos de la mañana cuando Coley se detuvo en una estación de servicio para cargar gasolina y comer unos sandwiches.

Cuando terminaron, se dirigieron de regreso al coche; una mano cayó sobre el brazo de Coley cuando fue a abrir la portezuela.

—El mundo es chico —dijo Henny Woods.

Cuando Coley pudo articular palabra, preguntó:

— ¿Cómo diablos nos encontraron?

—Suerte —respondió Carlyle, acercándose desde la oscuridad—. Suerte y perseverancia. Ahora quisiera que dieran un paseo con nosotros.

—Yo iré con ellos —dijo Woods, empujando salvajemente a Coley hacia su auto—. Él manejará y yo los cuidaré; tú y Bandy síganos en tu coche.

Varios kilómetros más adelante, Woods ordenó a Coley detenerse. Luego, sin dejar un segundo de apuntar a ambos con el revólver, los hizo descender del auto.

Segundos después, también Carlyle se unía a ellos.

—Entrégume la grabación, Coley, y habrá una posibilidad para ustedes. Bandy, pálpalo de armas.

El chofer palpó rápidamente a Coley y le quitó el 38.

—Ya no tenemos la grabación, Carlyle —dijo Coley — No contenía nada de importancia y la tiramos.

Era la verdad; Coley había quemado la cinta.

—No le creo; pienso que me extorsionaría con ella en el día de mañana, Coley. Me la entrega o los mato.

—Es verdad, Peter —exclamó Mille—. Coley la quemó; te lo aseguro.

Con cansancio en la voz, Carlyle repuso:

—No puedo creerte nada, Mille... Mi vida depende de esa grabación; no puedo arriesgarme.

Con desesperación, Coley replicó:

— ¡Tiene que creernos, Carlyle!

—Deme las llaves del baúl del auto, Coley. Hay que revisar bien el vehículo.

Nada se encontró en el auto, como era natural.

Coley no cesaba de mirar a Mille, como enviándole un mensaje.

El chofer regresó, sin traer nada como fruto de su búsqueda, y entonces Woods dijo:

—Ya hemos perdido mucho tiempo con ellos, Peter.

Coley se arrojó sobre Bandy y en el mismo instante Mille echó a correr; Coley cayó al suelo.

— ¿Le disparo, Peter? —preguntó Woods.

Carlyle miró a Mille y con la voz ronca, ordenó:

— ¡Dispárale!

Un puñado de tierra cegó momentáneamente a Woods y Coley se lanzó sobre él, arrancándole el revólver de la mano; con un grito de satisfacción, Coley se apoderó del arma.

El revólver de Carlyle vomitó fuego y la bala dio en el costado derecho de Coley, obligándolo a dar una media vuelta por la fuerza del impacto. A lo lejos, el eco sonó como un trueno en la tormenta y Coley cayó sobre las rodillas; esgrimiendo el arma, y agachándose para ofrecer menos blanco, Carlyle volvió sobre Coley.

Con un esfuerzo, Coley alzó el revólver de Woods y efectuó dos disparos; Carlyle quedó como paralizado y Coley le volvió a disparar. El tercer disparo le dio a Carlyle en medio de los ojos...

Cayó hacia adelante y quedó inmóvil, iluminado tan sólo por la luz de los focos del auto más cercano; la luna se había ocultado y reinaba una oscuridad profunda.

Woods, que ya se había incorporado, se movió hacia Coley y Bandy se arrojó en su dirección; sintiendo que el suelo vacilaba bajo sus rodillas, Coley descargó el arma en el rostro de Woods. Casi sin tener conciencia de sus acciones, se incorporó cuando Woods caía y apretándose el costado derecho corrió hacia la espesura de una arboleda cercana al camino. Oyó pisadas detrás suyo y Coley echó a correr recurriendo a sus últimas fuerzas; luego, el dolor se hizo insopportable y exhausto cayó a tierra sin sentido.

CAPÍTULO 20

Cuando Coley volvió en sí, un amanecer gris se pintaba en el horizonte y una llovizna fina caía sobre él; sus ropas estaban empapadas y el balazo de su costado le ardía como una brasa.

Temblando y castañeteando los dientes, comenzó a incorporarse; sentándose primero y luego ayudándose con las manos y las rodillas; poco a poco fue recorriendo la espesura hasta que súbitamente terminaron los árboles y divisió el camino.

Se quedó a la vera y aunque hizo señales a dos autos, ninguno de ellos lo recogió, dejando en el camino a Coley. Entonces apareció el convertible blanco y rojo, que al ver la tambaleante figura de Coley se detuvo; éste vio el rostro redondo del hombre que manejaba y vio los ojos espantados de la pelirroja que viajaba junto a él.

Abruptamente, Coley se desvaneció.

Cuando despertó, oyó voces a su alrededor, tratando todas de hablar al mismo tiempo.

Luego, la voz de Mille, dulce y reconfortante, dijo:

—Ha perdido mucha sangre... Tenemos que llevarlo a un hospital.

—No se preocupe, señora —repuso otra voz —. Pronto estará bien.

Coley abrió los ojos. Mille y un policía montado estaban junto a él.

Coley se sonrió cuando Mille lo abrazó.

Con absoluta confianza dijo:

—Antes de un mes nos casaremos, Mille.

FIN